HERENCIAS

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO POR

CAMILO CORAZ TERRASO



Imprenta Cardenal Cisneros, 47

MADRID

HERENCIAS

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO POR

CAMILO CORAZ TERRASO



Imprenta Cardenal Cisneros, 47

—

MADRID

A mi sobrino Juan
Ibarra

Cortejo

HERENCIAS

PERSONAJES

Don Julio Gálvez (50 años).

Don Nicolás (50 años).

Don Ricardo Ramírez, abogado (40 años).

Carlos (25 años).

Pedro, criado (60 años).

Luisa, Baronesa de San Vicente (45 años).

Mary, esposa de Gálvez (40 años).

María, su hija (20 años).

Miss O'Ryan, irlandesa (60 años).

La escena en un puertecito del Mediterraneo, en el primer acto. Los tres restantes, en Madrid. Época, la actual.

PROLOGO

EN LA SALA DEL TEATRO

ESCENA ÚNICA

Un señor de edad.—Un joven elegante.—Dos estudiantes en la galería.—El autor.

El señor viejo.—Pues señor, (*Sentándose en una butaca después de dejar sobre ella el gabán.*) está visto que cada día hay que venir más tarde. Son las diez, y esto no tiene trazas de comenzar; luego vendrán las gentes para incomodar y hacerle a uno perder el hilo de la representación. Verdad es que como ahora a nadie le interesa lo que se representa, los verdaderos aficionados no venimos si no a pasar malos ratos... Comedias soporíficas..., actores malos y presuntuosos..., público distraído e inculto. El teatro ha muerto: Tamayo, Ayala, Echegaray, García Gutiérrez... ¿Quién os ha sustituído...? Teodora, Matilde, Elisas, Pepita Hijosa; Julián, Perico Delgado, Vico, Rafael, Donato... ¡Quién os pudiera resucitar! Luego dicen que soy gruñón, que todo me descontenta, que lo de antes valía tanto como lo de ahora, sí, sí; pero al menos se tenía respeto al público y empezaban las representaciones a su tiempo y no le tenían a uno hasta las dos de la mañana,

exponiéndole a una pulmonía y matándole de sueño. (*Limpia lentameute los gemelos y se va quedando dormido.*)

El joven elegante.—(Arreglándose una flor blanca que lleva en el ojal del frac.) No ha venido todavía; claro, la impaciencia me hace venir con una anticipación... Y eso que ella me dijo que quería llegar pronto su marido por ser el estreno de un dramón de esos que a él le encantan... ¡Buena lata nos espera con las aficiones del buen señor. Como tiene el sainete en casa le deleita el melodrama...; gracias a que los entreactos son largos.

Estudiante primero.—(Al segundo.) Hola, López; ¿vienes al estrenito? ¡Te has arreglado los tacones, porque dicen que el drama es de tesis! ¡Ya le daremos la antítesis!

Estudiante segundo.—Pues mira, he dejado de ir al Lírico, donde hay obra nueva de gran espectáculo y abundante exhibitación de pantorrillas y bocas de estómago; pero qué quieres, siempre estoy esperando algo de mi género... romántico, melancólico, impresionante. Habrá hule, ¿no es verdad?

Estudiante primero.—De seguro.

El autor.—(En la última fila de butaca.) No tengo calma para estarme en el saloncillo. ¡Qué tranquilidad la de esa gente; ni se ocupan de lo que van a hacer, ni de mí, ni del público! ¡Quién me habrá a mí metido en este ajo...! Y luego ¡qué ensayos! Nadie se sabe el papel. Don Antonio me ha hecho cortar la mitad del suyo, porque no quiere confesar que está medio sordo y tiene que echarse sobre la concha. Juanita reza con su habitual monotonía su parte, y manifiesta su disgusto porque no hay trajes estupendos que lucir; el galancito no ha entendido ninguna frase y les da una entonación... ¡Si pudiera aún retirar la obra. (*Va entrando gente.*)

El señor viejo.—(Despertándose.) Todavía el telón bajo... Estaba soñando con *La vida es sueño.* Habrá que cambiar el título del drama...; el teatro es sueño. (*Vuelve a quedarse dormido.*)

El joven elegante.—¡Calle! Ahí entra Bermúdez; ¿le habrá también avisado ella? Pues como lo llegue a comprender, entonces sí que va a haber melodrama, porque soy capaz de hacer que se entere Don Lázaro, ya que le gusta el género serio.

Los estudiantes.—(*Pateando.*) Pero, ¿qué es esto; empezamos o no? ¡Pues bueno voy a estar yo mañana para ir a Derecho romano si el esperpento dura hasta las dos.

El autor.—¡Dios mío, la gente se impacienta! ¡Vaya una manera de prepararme el público... ¡Asesinos! Ni que lo hicieran a propósito!

(Se enciende la batería de orquesta; el telón se levanta hasta la mitad, y un empleado de la compañía dice, dirigiéndose al público: «Respetable público: por un accidente imprevisto, ocurrido a la primera dama, se suspende el estreno de la obra anunciada, hasta nuevo aviso. En su lugar se representará *La caza de una fortuna.*»)

El autor. — (*Levantándose y saliendo rápidamente.*) ¡Ahora sí que le retiro! Es un aviso del cielo.

ACTO PRIMERO

Terraza de una quinta a orillas del Mediterráneo. Al fondo, escalera y balaustrada a la playa. Por entre un grupo de palmeras se descubre el mar, de un vivo azul.

ESCENA PRIMERA

MISS O'RYAN, PEDRO

PEDRO sale con una bandeja en que trae tazas, cafetera y botellas y arregla en una mesa lo necesario para que dos personas tomen café. Mientras que habla con MISS O'RYAN coloca otra mesita con cigarros y ceniceros.

MISS O'RYAN — Les dejo en la mesa para ver cómo dispone usted el café en sitio agradable. No se le olvide ningún detalle: las servilletitas, la tenaza del azúcar... *(Muy miope, mira los objetos de cerca.)*

PEDRO — De seguro que si usted no viene a meter el hociquito, no sé yo lo que debo hacer. Pues, ¡apañado estaría el hijo de mi madre si, al cabo de servir treinta años en casas de fuste, no supiera preparar un servicio de café!

MISS O'RYAN — No se enfade, Pedro; siempre tiene que gruñir. Ya sé yo que lo hace us-

ted bien; podrían olvidársele los pormenores que son el complemento de esas cosas, y don Julio diría que éramos unos aldeanos.

PEDRO
Yo podré gruñir; pero lo que es usted... Todo el mundo dice que irá derechita al cielo, pero hasta allí gruñirá y pondrá defectos a todo.

MISS O'RYAN
Allí no se gruñe, Pedro; allí se cantan alabanzas.

PEDRO
Pues sí que estará usted buena cantando y ligera de ropas.

MISS O'RYAN
¡Jesús!, *shocking;* a una señorita no se le habla de ropa blanca. Además, las almas no tienen forma corpórea ni vestimentas.

PEDRO
Eso irá usted ganando, porque si se presenta usted en el Paraíso con esa cara y esos sombreretes que gasta...

MISS O'RYAN
Son sombreros apropiados a mi estado y a mi profesión. Aquí en España se ríen ustedes de esas cosas, porque en cuanto una mujer se compra un sombrero ya quiere que sea igual al que usan las duquesas o las jovencitas. No le parecerá eso a don Julio, que ha corrido mucho mundo y es un *perfect gentleman.*

PEDRO
Eso sí que es verdad; a mí se me caía la baba de verle en la mesa. ¡Qué maneras! ¡Qué conversación! ¿Quién diría que éste era aquel estudiantillo raído que cuidó tan bien al pobre señor como ayudante del doctor Céspedes, quedándose día y noche en casa durante cerca de un año y leyendo siempre?; tan modesto y... tan enamorado de la señorita.

MISS O'RYAN
Calle usted, hombre. Don Julio nunca

hizo la corte a la señorita; conversaban, leían versos en las largas veladas; eran dos niños.

PEDRO — Y usted una amable tercera; porque las mujeres cuando no pueden ser novias rabian porque otras lo sean; les parece que les toca algo y se dedican a hacer crochet por tener alguna manera de echar el gancho.

MISS O'RYAN — Vamos, no se le puede oir a usted sin rubor. Siempre fué usted un deslenguado, y eso le costó ya salir una vez de la casa.

PEDRO — Por cierto, que daría cualquier cosa por saber lo que en la familia pasó en los tres años que yo no estuve; porque lo del príncipe ruso y la viudez, a mí no se me cuece. Aquí vienen don Nicolás y don Julio.

Al entrar JULIO y NICOLAS, MISS O'RYAN se retira, y durante el principio de la escena, PEDRO les sirve café y sale también.

ESCENA SEGUNDA

JULIO Y DON NICOLAS

JULIO — *(De pie, mirando al mar).* ¡Qué hermosa vista, qué luz, qué cielo, qué incomparable mar este Mediterráneo, tesoro del color y mago de la alegría! Mira, Nicolás, en esta curva que hace la ensenada parece que el mar va arrastrando un manto de emperador con una randa de encajes y de armiño. ¿Quién no es poeta y pintor en esta tierra?

NICOLAS — El que no lo lleva en sí: esta visto que la poesía no es cosa que se entra de

fuera, sino que sale de dentro. Yo estoy viendo todos los días esa misma ensenada y esa espuma, y no se me había ocurrido que fuera la orla de ningún manto. Tú siempre fuiste lírico, Julito. No sé cómo dicen y dices que has hecho dinero.

JULIO Pues mira, a pesar mío; y si no a pesar mío, sin haberme preocupado gran cosa: pensando en hacer bien a todo el mundo y recibiendo el bien que todos me han hecho.

NICOLAS *(Sentándose).* ¡Qué día para mí el de hoy, Julio de mi alma! ¿Quién me había de decir que al cabo de un cuarto de siglo irías a pensar en mí y a venir a sorprenderme pasando unos días en mi casita y recordando nuestros buenos tiempos de estudiantes? Tú, rico y famoso, acordarte del pobre médico rural, convertido en un patán.

ULIO Estaría bueno que yo me hubiese olvidado de nuestras aventurillas estudiantiles, de nuestros trabajos, de nuestras rivalidades fraternales!

NICOLAS Y dime, ¿de qué conoces tú a la baronesa? Porque yo no recuerdo haberte oído nunca hablar de tal señora. Y ¿de dónde te vino la idea de recomendarle que se retirara aquí, cerca de mí, dando motivo a que emplee en esta comarca el dineral que desde hace años gasta en obras de caridad?

JULIO ¡Mala memoria tienes! Tú sabes que yo fuí ayudante del doctor Céspedes, nuestro maestro: éste me llevó a la casa de esta señora, entonces una niña; cuidé a su padre, y tanto él como ella me tomaron gran cariño y, ahora,

al saber que yo había venido a la Ribera, ha querido volverme a ver y obsequiarme en memoria de mis cuidados. Lo que sucede es que entonces no se llamaba como ahora, sino por su nombre de familia: por Moncada.

NICOLAS — Me alegro de esa amistad, para ver si tú puedes explicar algo de lo que a esa señora le puede haber pasado, porque ya lleva aquí veinte años sin que nadie la venga a ver, emprendiendo viajes con su irlandesa, dando lugar a fantasías, no todas muy caritativas.

JULIO — Veo que también en las aldeas todo el mundo necesita buscar una mala explicación a los buenos hechos. Es la maledicencia fluído de condición tan penetrante, que se insinúa y esparce aun aprovechando los poros del beneficio.

NICOLAS — Tienes razón; y he observado muchas veces que los mismos que reciben el bien escuchan con inconsciente complacencia la crítica de su bienhechor, como si acopiaran anticipadas disculpas para su ingratitud futura.

JULIO — ¿Tú sabes lo que significa para un deudor la redención de un pago?

NICOLAS — Es el caso que por aquí todo el mundo supone que en la historia de doña Luisa hay un gran misterio.

JULIO — ¿Por qué no suponer un gran dolor?

NICOLAS — Lo mismo da, si el dolor es desconocido para las gentes.

JULIO — Si es conocido, no es tan grande; porque los verdaderos, ni buscan ni quieren consuelo. Bástete saber de esta señora lo que te consta: que es un

ángel de bondad. No te metas a averiguar más; pues muchas veces la verdad entera daña más que aprovecha.

NICOLAS — Tienes razón, chico. La verdad es de manejo tan difícil como la riqueza. El decir la una y emplear la otra a tiempo es deber que no ha de excusarse; pero el sacarlas a relucir sin oportunidad, más tiene de malicia que de voluntad bien encaminada.

JULIO — De modo que tú no encontrarías mal una mentirilla a tiempo...

NICOLAS — No, no cofundamos; yo no aconsejo la mentira, que siempre me repugna; lo que yo empleo por misericordia con el prójimo es el silencio de la verdad. Pero sígueme hablando de tu vida.

JULIO — Desde mi llegada a Manila me soplaron vientos de prosperidad. A los cinco años, la certeza de que allí haría mi fortuna y mi deseo de no instalarme en España, donde sólo desengaños me esperaban y donde, sin embargo, tenía a mi madre, que era el amor de mis amores, me decidieron a venir para recogerla y llevarla conmigo; allí podía mi pobre viejecita encontrar una compensación a los trabajos que para educarme se había impuesto, y, presenciando el triunfo de su hijo, podía recibir en vida su corona de buena madre.

NICOLAS — Y, ¿tanto produce allí nuestra profesión, para que hayas podido hacer una fortuna tan grande como la que la gente te atribuye y tú no niegas?, porque acá chico... para vivir... y gracias.

JULIO — Te diré: Con mi carrera solamente hu-

biera hecho un modesto caudal; pero desde que regresé con mi madre me incitaron a emprender negocios, y asociado al que después fué mi suegro, empecé a gânar dinero y acumulé los millones en que buscaba la satisfacción que faltaba a mi espíritu. Me casé, y tripliqué lo que ya me sobraba.

NICOLAS ¡Dichoso tú!

JULIO Sí, muy dichoso desde que me uní a Mary, que es una santa, como mi madre; que es más hermosa de alma que de cuerpo, con ser bellísima, y que me ha dado un ángel en nuestra María.

NICOLAS Y en vuestro hijo...

JULIO Mi hijo... ya es otra cosa: es inteligente, caballeroso, me quiere y respeta, pero su carácter... las largas ausencias que ha hecho necesaria su educación... todo hace que no se encuentre tan compenetrado conmigo como esos dos ángeles.

NICOLAS Y esos dolores del alma, que dices que te llevabas, ¿de dónde vinieron?

JULIO Es verdad; soy muy feliz, aunque como todo hombre llevo mi drama en el cerebro, una comedia en los labios y un monólogo en el corazón. Aquí viene la baronesa.

NICOLAS Aquí viene esa santita. *(A media voz a Julio).* También ésta hubiera sido una buena mujer para ti.

JULIO Es posible; pero es mejor la que tengo.

ESCENA TERCERA

DICHOS, LUISA

LUISA Como soy paleta vieja, recuerdo aún los tiempos en que era de buen tono el

dejar a los caballeros en el momento del café y el cigarro.

JULIO Costumbres, baronesa, que usted tiene la coquetería de decir que ha alcanzado. Los tiempos en que se hacía música, se leían versos y se conversaba de política entre los hombres; ahora todo eso es cursi. Lo protocolario es pasar desde la mesa del comedor a la del *bridge* o a la del tresillo y jugar con ansias de garito, llamando mirones importunos a las pobres víctimas que permanecen bostezando sin tener quien les dirija la palabra.

NICOLÁS Eso no reza conmigo; atañe a los desocupados; si todos trabajaran como yo día y noche para mantener a sus críos, ni harían música y versitos, ni se jugarían los cuartos. Ahora mismo me remuerde la conciencia de estar aquí cuando me están esperando mis enfermos; y eso que pocas veces se me ha presentado ocasión de pasar un rato con un camarada de la juventud y con esta verdadera santa en carne y hueso.

LUISA Vamos, vamos, don Nicolás; usted sí que es un santo; y si no hace ostentaciones de caridad, es porque no tiene dinero para ellas, pero bien me consta a mí que alguno del que debiera usted ahorrar para los que llama sus críos, se le va en remediar necesidades de sus enfermos.

NICOLAS Yo no ahorro, porque el ahorro es el pan de mañana, y el que habló verdad nos dijo que pidiéramos el de cada día y que le pidiéramos en plural, pues no dijo «dámele» sino «dánosle hoy», es

decir, a todos y para todos. A los hijos les basta con heredar ejemplo y consejo. Pero... me detengo demasiado. Me voy a mi consulta a oir lástimas. Julio, si llega tu hijo le diré que siga hasta aquí en su automóvil para recogerte. Así le conocerá la señora. *(Dirigiéndose a Luisa.)* Dicen que es un real mozo. Procura volver temprano *(a Julio)* si quieres que vayamos a ver mi casita de salud. Ya verás una cosa simpática. Da ganas de volverse uno loco para que le cuiden allí.

LUISA — No diré yo tanto; pero está muy bien regida, y el buen don Nicolás hace lo menos dura posible la situación de aquellos infelices.

NICOLAS — Yo con mis cuidados y alguien que me ayuda con sus dineros.

LUISA — Bueno, bueno; váyase y don Julio irá para que vea lo bien situado del Asilo.

NICOLAS — Ya verás. No creo que haya en el mundo manicomio más modesto; pero tampoco más útil y provechoso. El sitio, el panorama, la naturaleza, todo ayuda allí a curar el espíritu.

JULIO — Vete, vete, porque luego dices que no eres poeta y quieres cuidar a los locos con poesía. *Similia, similibus,* contra la locura enfermedad, la locura poesía.

NICOLAS — ¡Jé, jé! Siempre ingenioso. Adiós. *(Sale).*

ESCENA CUARTA

LUISA Y JULIO

JULIO — Pues señor, buscaba yo el facilitar que usted viera pronto a Carlos y de

manera que resultase natural, y he aquí que la espontaneidad de Nicolás provoca la entrevista.

LUISA ¡Qué bueno es usted, Julio...! Digo, no sé si es bondad o castigo lo que en usted veo.

JULIO Y ¿por qué había yo de castigar a usted? La primera condición para que haya delito es la intención y la conciencia del daño que se produce; y ¿puedo yo creer que si usted me ha producido alguno fué con intención y conciencia de ello?

LUISA Eso, si no peor, resulta menos generoso, pues califica de inconsciencia el mal causado.

JULIO No, pobre Luisa; resulta ofensivo para la vanidad; pero piénselo bien y verá que es piadoso desde el punto de vista que hoy debe preocuparnos. Prescinda usted de la vanidad, si su sexo se lo permite, y hablemos como lo que somos: como buenos amigos. Como buenos amigos interesados en un fin común: la felicidad o, al menos, la tranquilidad de Carlos.

LUISA *(Con amargura).* Hablemos sólo de Carlos; hablemos de él; dígame cómo es, cómo se ha educado.

JULIO Está bien, pero no hay que olvidar que apenas tenemos media hora, que es lo que puede tardar don Nicolás en llegar a su casa y enviarle aquí. Mi estancia en Ribera no puede prolongarse sin extrañeza de la gente, que ya habrá buscado a mi venida explicaciones fantásticas.

LUISA ¿Cree usted que a estas gentes les pueda extrañar?

JULIO ¡Ay Luisa! No hay nada que me dé tanto miedo como la gente desocupada y sencilla cuando se pone a pensar; siempre busca lo complicado, por salir de su monotonía. Aman lo extraordinario por egoísmo de espectador.

LUISA Para estos infelices soy tan indudablemente buena...

JULIO Esa misma tradición de bondad es el mejor aperitivo para la rebeldía murmuradora. El tiempo que tenemos es poco para el principal objeto de mi venida. Otro día podremos hablar de afectos; hoy necesito hablar a usted de cosa más apremiante: de negocios.

LUISA ¿De negocios?

JULIO Sí, Luisa. Carlos tiene ya veinticinco años; debe heredar una fortuna, pues que su madre es rica... y siguiendo las cosas como hoy están, no podría heredarla.

LUISA Y si su madre muriera, enferma como está...

JULIO No se trata de eso, ni lo creo verosímil.

LUISA Sí, Julio, sí. Don Nicolás me ha explicado la enfermedad que me acaba lentamente y sé, a pesar de sus atenuaciones misericordiosas, que, aunque no de término breve, es incurable... Mi corazón acaba por tener un tamaño gigantesco; como mi alma, ha retenido tanto dolor, que estallará de un momento a otro a la menor impresión. Y los dolores son seguidos, y las angus tias frecuentes, y la idea de la muerte me aterra, y bien sabe Dios que no es por mí.

JULIO Bueno, dejemos eso para otro momen-

to, pues sé que es pura aprensión; pero de todos modos el porvenir de Carlos no tendría más seguridad que la de que quien le ha dado su nombre le diera también una parte de su fortuna, que no es solamente suya, que es ya de su hija y de su esposa.

LUISA — Eso ni puede ni debe ser.

JULIO — Así pienso yo, y tal es el motivo de mi venida. He consultado libros, leyes y letrados, y es lo cierto que no encuentro salida sin dar publicidad a lo que no queremos dársela o sin despojar a los mios de lo que no deben ser despojados.

LUISA — Eso es todavía menos posible. Yo soy rica, es verdad, y siéndolo, todo creo que se reduce a encontrar la forma de trasmitir mis bienes a mi hijo.

JULIO — A su hijo de usted, que para el mundo y para las leyes no es su hijo; que para la sociedad es un joven completamente desconocido por usted hasta hoy y que está reconocido como hijo por un hombre honrado, que le ha presentado en el mundo. Su herencia de usted, sobre ser inexplicable, sería una ofensa al que tal hizo y señalaría una pista que ni a usted ni a Carlos les conviene abrir. Además, aunque usted hiciera eso, no por ello desaparecería el derecho que hoy tiene ese joven a una parte de mi herencia.

LUIS — Es verdad: no pensamos en eso cuando agobiada por el terror y la vergüenza, acepté el heroico sacrificio que usted llevó a cabo.

JULIO — Ni yo pensé tampoco, cegado por la desesperación y ¿quién sabe si por

una especie de vanidosa revancha? lo que entonces hice. Mi madre creyó que Carlos era fruto de un desvarío juvenil, que no tenía madre, y yo, por sostenerla en su error, imprevisor y romántico, reconocí al niño, jurándome que nunca formaría una familia, y no previendo consecuencia alguna de un acto que mi corazón no dictaba y que mi voluntad decidía. Todo cambió luego. Llevé conmigo a mi madre... no había encontrado aquí los afectos que esperaba.

LUISA Julio...

JULIO Cambié del todo a mi regreso; mi madre y Carlos formaron mi hogar y el amor que la pobre viejecita mostraba por su nieto, se propagó a mí de tal modo, que aquel niño era el centro de nuestros desvelos. Conforme crecía y daba muestras de su inteligencia precoz, le amábamos más y más, hasta el punto de que en fuerza de repetirlo y de arreglar todo conforme a tal idea, llegaba yo a proceder como si realmente fuese hijo mío. Pasó el tiempo; una serie de circunstancias de semejanza increible en lo social, me hicieron amar a otra mujer. Mi madre se dió pronto cuenta de lo que en mi ocurría: de que el padre de Mary deseaba la unión de su hija conmigo, de que Carlos podía ser un obstáculo para esta unión y procediendo con la santa sinceridad de siempre, contó al padre de Mary lo que ella creía ser la verdad: que yo tenía un hijo natural, y Mary y su padre aceptaron el que aquel niño viviese como hijo nuestro,

perdonando lo que ya juzgaban irremediable.

LUISA Pero así al menos pudo usted ser feliz.

JULIO La felicidad que tiene por base el engaño, es la inquietud de todos los días, el remordimiento de todas las horas, tanto más cuando la felicidad es mayor y más grande el deseo de sostenerla. Cuando supe el paso dado por mi madre, creí volverme loco; pero venció mi amor y me casé con Mary, aunque en frases que se me escaparon al reprender el acto de mi madre, en cotejos de fechas que hasta entonces a la pobre vieja no le habian ocurrido, pude comprender, conforme el tiempo avanzaba, que sospechaba una parte de la verdad: que Carlos no era hijo mío.

LUISA Es necesario, Julio, que esto tenga un término; a espensas de mi honra, de mi vida, de lo que sea. El sacrificio de usted ha sido estéril; ha amargado su vida sin producir para mí la tranquilidad, pues mi existencia ha sido un permanente desasosiego y un anhelo de muerte que jamás se ha alejado de mi ánimo. Soy una infeliz que lleva consigo la desventura y ¿por qué? por una irreflexión juvenil, por una vanidad imbécil, que vino a sustituir un amor sano y sincero. ¡Pobre de mí! (*Llora.*)

JULIO (*Conmovido.*) No llore usted. La parte de culpa que le cabe en todo esto no es tan grande. Sin madre que la aconsejara, con un padre débil y enfermo, dueña de una fortuna casi inesperada, teniendo por todo consejero a esa po-

bre miss O'Ryan, que es la timidez misma, ¿qué había de suceder...? Tenía usted dieciocho años... Creyó usted obtener un gran nombre, brillar en la sociedad europea... ¡Pobre Luisa mía! (*Con calor.*) Sí, mía; pues aunque en mi alma se haya borrado todo el amor a la mujer, el viento del olvido no ha logrado aventar cenizas que son y serán amor de hermano, amistad de los años primeros, gratitud al nombre de su padre de usted, a quien debo aquel afecto paternal que dispensó al pobre huérfano, que a duras penas terminaba su carrera.

LUISA No, Julio no; soy muy culpable. Mi pecado fué de irreflexión, es verdad; pero los pecados deben expiarse según sus consecuencias. Si aquella deslealtad hacia usted hubiera sido seguida de la realización de los sueños vanidosos que la determinaron, hoy sería feliz y usted estaría en mi pensamiento como el recuerdo de un juego de adolescentes. Pero el destino lo ha querido de otro modo, y yo, yo sola debo sufrir las consecuencias.

JULIO ¿Usted sola?, no; las sufrirá también su hijo. Todo puede hacerse hoy menos decirle la verdad, una verdad que sería la vergüenza de su vida, que le lanzaría a la desesperación. ¡Quién sabe si al suicidio! Carlos es noble pero impulsivo, violento. Me ha costado mucho dirigir sus sentimientos y hay que cuidarlos mucho hasta la consolidación completa de su carácter personal.

LUISA Y ¿qué hacer, Dios mío?

JULIO — A eso he venido. Permaneceré en Europa hasta que encontremos solución a este problema... Pero respecto a Carlos, todo menos la verdad. No es usted sola quien le ama; también creo yo que he adquirido sobre él algún derecho. *(Se oye acercarse el ruído de un automóvil. Julio se asoma a la terraza y vuelve precipitadamente.)* Ya está aquí. Serenidad, Luisa.

LUIS — No tenga usted miedo, la tendré.

CARLOS — *(Dentro).* Es por aquí; ya, ya, ya comprendo, no se molesten.

LUISA — *(Aterrada)* Dios mío, esa voz... ¡Qué recuerdo!

ESCENA QUINTA

LUISA, JULIO, CARLOS. Después MISS O'RYAN

(Julio avanza con Carlos desde la terraza. Al llegar frente a Luisa, dice:)

JULIO — Mi hijo Carlos. La señora baronesa de...

(Luisa mira a Carlos de frente, se echa ambas manos al corazón, vacila y dice:)

LUISA — ¡Jesús... qué semejanza, es él... Miss O'Ryan!

JULIO — *(Acudiendo con Carlos. Este queda de espaldas a la puerta por donde entra Miss O'Ryan).* Pronto Miss O'Ryan, agua, sales...

(Miss O'Ryan toma un vaso de agua de la mesa en que se ha servido el café y se acerca asustada al grupo.)

MISS O'RYAN — ¿Qué pasa, Virgen mía, qué pasa? ¡Mi señora, mi Luisa...!

(Carlos se dirige a tomar el agua de sus manos y queda frente a ella. Miss O'Ryan deja caer el vaso, gritando): ¡Jesús mío!... ¡Este hombre!...

CARLOS *(Con gravedad, asiendo un brazo de su padre.)* Padre, ¿qué es esto?

JULIO *(Vacilante).* Nada... nervios... histerismo... esta irlandesa...

CARLOS *(En el mismo tono y actitud).* No, padre, no; aquí pasa más que eso.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

Salón confortable. Muebles cómodos y lujosos, sin aparato ni pretensiones. A la derecha gran cesto costurero junto al que bordan MARY y MARIA en un bastidor. A la izquierda, JULIO y CARLOS leen y fuman junto a una mesa.

ESCENA PRIMERA

MARY, MARIA, JULIO, CARLOS.

MARIA — *(A su madre.)* ¿No te parece que un bordecito negro daría más relieve a estas grecas y suavizaría el contraste del rojo sobre el verde?

MARY — Haz la prueba en un trocito, pues el contraste de colores complementarios no hiere tanto como en los que no lo son.

JULIO — *(Bajando el libro.)* Pues señor, si ese tapetito no resulta una obra de arte, no será porque no hayáis puesto en él trabajo y estudio. Lo empezasteis en Manila, continuasteis en el barco y ahora lo resucitáis aquí, apenas desembalados los muebles.

MARIA — Pues ya lo creo que resultará obra de arte; del arte tradicional femenino; de ese que llena los museos de las catedrales y las colecciones de las gran-

des casas señoriales, en forma de casullas, frontales, tapetes, reposteros; ese arte que constituía la gala de nuestras abuelas y que hoy está olvinado y sustituído, como el de los encajes, por las baratijas de bazar y las manufacturas de taller.

JULIO — No lo tomas tú poco por lo alto, chiquilla; si no habiendo visto nada y conociendo las obras maestras sólo por referencia hablas con ese calor, ¿qué no harás cuando te cumpla mi promesa de darte un paseíto por los museos de Europa?

MARY — Tiene María razón, y me encanta oirla hablar de ese modo; la mujer que no tiene sentimiento artístico, es porque no tiene sentimiento de ninguna índole. Dentro del hogar hay un territorio en el que debemos cultivar la música, el bordado, el encaje; allí se pueden producir maravillas, si no tan imponentes como las de la pintura y la escultura, por lo menos dignas de admiración para el que las ve y para el que las produce.

JULIO — Eso es un matiz de feminismo estético... ¡Por algo se empieza!

MARY — No, nada de feminismo; nada de usurpación de las facultades masculinas; le sobra a la mujer con llenar su papel en cada orden de la vida, para valer tanto como el hombre, más que el hombre en ciertas cosas y menos que él en otras.

JULIO — Te veo como siempre en el terreno de la cordura. ¿No te parece, Carlos?

CARLOS — *(Bajando el periódico que lee.)* Así lo entiendo; pero ahora a lo que se aspi-

ra no es al feminismo, sino al marimachismo.

JULIO Hombre, hombre, siempre tienes tendencia a los términos excesivos.

MARIA Y aun gracias que hable; pues lleva unos días, desde que habéis vuelto, que parece que está contrariado. Se conoce que no le fué bien en la vueltecita por Levante. ¿Le habrá dado calabazas alguna valencianita o alguna murciana?

CARLOS Mérito tendría la que me las diera; pues creo que en toda la expedición no he visto más que a respetables señoras maduras: la mujer de don Nicolás, la baronesa de San Vicente y su aya irlandesa, que tuve la mala suerte de encontrar en un momento de nervios o disnea que creí que les costaba la vida a las dos.

MARY Pues ¿cómo fué eso? No me habéis contado.

JULIO *(Apresuradamente.)* Nada, que esa bueno señora, cliente de don Nicolás y enferma de cosas nerviosas de corazón, estaba en el momento de llegar éste indispuesta y al ir a saludarle tuvo un acceso de disnea... histerismo más que nada.

CARLOS Figurate, María, qué situación tan airosa para mí.

MARIA Si que pasarías buen rato.

CARLOS Gracias a que no fué largo, pues papá me mandó a buscar a don Nicolás, marché en automóvil y cuando volví ya todo se había serenado; pero de todos modos, resultaba la situación tan tirante, que abreviamos la visita

y al día siguiente me limité a dejar una tarjeta de despedida.

MARIA Bueno, pero no será esta la causa de tu preocupación en estos días.

CARLOS Preocupación, ninguna. Es que aun no he tomado pie en Madrid; no conozco a nadie.

MARIA Mira, eso es música. Tu has variado mucho; antes eras un muchacho decidor, contabas todas tus cosas, los sucesos cómicos y alegres que te ocurrian, y ahora... Desde la muerte de abuelita primero, pero sobre todo desde que hemos llegado a España, estás tristón, cabizbajo...

MARY Déjale mujer; los hombres jóvenes o viejos siempre tienen sus preocupaciones y sus secretillos.

MARIA No; pues conmigo no le vale. Mil veces me ha dicho que me quiere más que a nadie; que soy su confidente.

CARLOS Y así es verdad. Si algo tuviera de lo que tú supones, a tí te lo confiaría. Como tú harías conmigo; como hemos hecho siempre. Lo que me pasa es que vuestro Madrid no me complace. Papá y mis amigos dicen que soy exagerado, por lo cual, mejor será que no te diga el juicio que de Madrid voy formando.

MARIA ¿Tan malo es?

CARLOS Malo, no; pero favorable tampoco. Lo primero que he advertido, es que en Madrid no hay madrileños, y si los hay, están en la condición de gente conquistada por ejercitos de arrivistas, explotadores y advenedizos extranjeros y provincianos, que lo mismo cuando tienen éxito, que cuando

fracasan, se dedican a maldecir de los vicios de la corte que los mantiene. Esto da a Madrid un aspecto de pueblo grande, pero no de gran capital. Aquí los círculos de hombres o son casas de juego o centros de pedantería insoportable y de maledicencia sistemática; las gentes que acuden a las diversiones son siempre las mismas y saben la vida y milagros de todo el mundo; visten con pretensión y sin gusto; las señoras encuentran cosa muy distinguida el tomar el té fuera de sus casas, demostrando con esto que o no tienen círculo íntimo o no tienen casa en que recibir, y prefieren estar entre gente desconocida y entre caballeretes que fuman, hablan a gritos y se hacen limpiar las botas a su lado, encontrando el hacerlo cosa de suprema distinción.

JULIO Siempre precipitado en tus juicios; pues has de saber que yo, que he nacido en Madrid y le conozco a fondo, puedo asegurarte que es una capital seria y honrada, como ninguna otra; que esa que tu crees que es su sociedad, no lo constituye más que unos centenares de personas desocupadas y superficiales, que en todas partes abundan, pero la clase media verdaderamente madrileña es la más resigna- y modesta de España, y el pueblo madrileño el más generoso y noble, como lo ha probado mil veces en sus alzamientos políticos y como lo prueba a diario no figurando sus hijos casi nunca en las estadísticas del crimen.

MARIA Pues buena cuerda has ido a tocar a

papá, atacándole su Madrid. No hagas caso, papita; es que a éste todo le parece mal desde hace algún tiempo.

CARLOS *(Malhumorado.)* Pues señor, han dado ustedes en buena manía.

MARIA Sí, si, pero no eres el mismo de antes. Vamos a ver ¿a que no me acompañas aquí cerca, al Museo, hasta la hora de comer? Mamá dice que va a salir a hacer compras; a mí las tiendas me apestan.

CARLOS ¿Pues no te he de acompañar? Así me enseñarás esos retratos famosos de Moro que tanto elogiabas ayer.

MARIA Pues andando. *(A Julio y Mary, besándoles en la frente.)* Permitís, ¿no es verdad? *(Salen María y Carlos.)*

ESCENA SEGUNDA

JULIO Y MARY

MARY *(Que continúa bordando.)* Verdaderamente este muchacho cambia de día en día. Desde la muerte de tu madre, tuvo una temporada de tristeza sombría, que todos atribuimos al dolor por la pérdida de aquella mujer que le adoraba. Después, durante su ausencia en Inglaterra, a juzgar por sus cartas, fué pasando aquella impresión. Pero ahora, sobre todo estos días, es otro completamente. Conmigo siempre es cariñoso; pero ayer estaba yo aquí bordando, él leyendo en esa mesa y al hablarle yo, ví que se enju-

gaba rápidamente los ojos, y como le preguntara qué tenía, me contestó, conmovido: «¡Cuánto la debo a usted!» Y me cogió las manos para besarlas. Ya ves que esto en él es extraño, pues no es mimoso, antes bien brusco.

JULIO Pero es ya un hombre y comprende en efecto lo mucho que por él has hecho.

MARY Está bien; siempre he procurado que no advirtiera diferencias entre María y él; pero esto no explica el que ahora, de pronto, sienta esas efusiones de gratitud.

JULIO ¿Quién puede buscar la génesis de un pensamiento o de una emoción? Basta muchas veces una lectura, que despierta en nosotros un estado similar; basta un acontecimiento vulgar, para hacernos ver un aspecto de la vida diferente de lo que habitualmente vemos.

MARY Es verdad... pero, (*deja de bordar y se sienta junto a Julio*) mira, a propósito de eso, yo no sé mentir y disimular mucho menos. Desde que llegamos a Barcelona e hicisteis el viaje a Valencia a visitar a tu amigo y luego continuásteis hasta reuniros con nosotros aquí, yo encontré extraña aquella premura en la visita.

JULIO Era desde allí más fácil el viaje...; teníamos tanto deseo de vernos...; y él me había escrito diciendo que necesitaba de mi consejo. Presumí que su necesidad fuese de otro género y ya sabes lo que yo soy.

MARY Sí, Julio, sé que eres el más bueno de los hombres, sé que para tí no hay

lástima ajena, pues todas las haces tuyas apenas las conoces; sé cómo me quieres y lo que para mí has sido como marido modelo y cariñoso; pero si puedo responder de tu presente, no puedo evitar que hayas tenido un pasado...

JULIO — ¡Jesús! Un pasado; un pasado de libros, de estudios, de viajes. ¿A que me vas a resultar ahora celosa y por no tener empleo tus celos en lo presente, lo van a tener en la época de mi infancia?

MARY — No tan de la infancia. ¡Carlos...!

JULIO — ¿Carlos? Es la primera vez que de él me hablas en este sentido, desde que mi madre os confió el secreto de su nacimiento. ¿A qué viene ahora esa insinuación inoportuna?

MARY — Pues ya ves; cosas de mujeres; pero estos días he dado en pensar que ese viaje tenía no sé qué de misterioso; quizá el deseo de que Carlos conociese a alguien o fuese por alguien conocido...; luego, la tristeza del muchacho, el episodio que habéis referido... ¡Ay, Julio!, yo siento cosas que jamás he sentido; no quiero creer que nadie me robe tu corazón, ni que viva nadie que te pueda amar como yo te amo.

JULIO — Pero ¿qué locura es esta? ¿Qué idea te puede venir que pueda ser una desconfianza en mí? Tú sabes que te adoro, que hemos sido y somos el matrimonio más feliz de la tierra; que la felicidad nos rodea por todas partes en la forma de la fortuna, en la angelical de nuestra hija, en la protectora de tu padre, en la estimación que he

logrado inspirar a las gentes... en todo, hasta en este pobre Carlos que ha encontrado en tí la madre que le faltaba.

MARY ¿Qué le faltaba...? (*Pausa*) Mira Julio; ni tú ni yo somos capaces de mentir. Dime claramente; esa mujer, esa baronesa de San Vicente...?

JULIO Esa señora fué amiga mía de la juventud; su padre fué mi primer protector y a él debo el fundamento de toda mi fortuna. De toda, hasta de la de haberte conocido, pues él creó para mí el puesto que en Manila ha sido motivo de mi suerte y de nuestro conocimiento.

MARY Bien, sí; pero ella... ella...

JULIO Ella jamás ha sido para mí más que una amiga cariñosa y hoy es una desgraciada digna de toda compasión.

MARY Nunca fué más que una amiga... ¿Me lo juras?

JULIO Te lo juro. Pero ¿qué locuras son estas? Mira, prométeme que nunca volverás a hablarme así.

MARY Sí, te lo prometo; pero júrame antes que esa mujer no es la madre de Carlos.

JULIO Jesús, ¡estás loca! ¡Mary de mi vida! ¿Qué ha podido trastornarte de ese modo?

MARY No, no estoy trastornada. No, no estoy loca, ni tengo el propósito de representar una escena de celos y sospechas. Soy, como sabes, leal y sincera. Tengo una duda y... ya ves lo que he tardado en decírtelo.

JULIO Pero nunca se te había ocurrido aludir a estas cosas.

MARY Porque nunca había pasado por mi mente el menor recelo; pero ahora... Mira. a poco de conocernos, ya te amaba con toda mi alma. No tardé en comprender que tú también me amabas, y, sin embargo, nada me decías, aunque podías entender que mi padre, lejos de oponerse a nuestros deseos, procuraba alentarlos. Pasaba el tiempo; tú sufrías y sufría yo. Ya sabes cómo tu madre resolvió todo. Convinimos mi padre y yo en aceptar la situación, que ya me habían insinuado gentes oficiosas. Se convino nuestra boda; yo me juré que sería una madre para tu hijo y que jamás haría, ni a él ni a tí, alusión a lo que era irremediable. Tú sabes si he cumplido mi promesa.

JULIO ¿Qué hé de decirte yo, santita mía?

MARY Pues bien; ahora, al cabo de los años, me asalta una duda; creo ver con claridad lo que sería una desventura, y en el momento mismo, antes que arraigue en mí tal sospecha, quiero o desvanecerla o tener la certidumbre de los hechos. Quizás otra mujer callaría, indagaría antes de decirte nada; yo no soy capaz de eso, yo no tengo más que un ídolo a quien acudir y un apoyo que buscar: el hombre que jamás me ha engañado, que fué siempre leal con todos y que tampoco ahora será capaz de engañarme.

JULIO Mary, si tú supieras lo que en mí pasa... Yo soy para ti lo que siempre he sido: el hombre que se mira en tus ojos, que por evitarte un dolor daría la vida. Soy el que nunca te engañó; que si te oculta un secreto es porque

no es súyo, y, como caballero, no es dueño de él y aún menos de producir la desgracia de dos inocentes a los que la fatalidad condena y cuya tranquilidad pende del cumplimiento de mi palabra.

MARY Nada, nada quiero saber, ni de lo pasado ni de lo futuro, en cuanto los propósitos que puedas tener. Sólo una cosa te exijo a cambio de no volver a hablar de esto: jurame que esa mujer no ha sido nunca tu amante.

JULIO Te lo juro por nuestra hija, por la memoria de mi madre. ¿Estás contenta? ¡Desconfiada! (*Tratando de bromear.*) ¡Qué mañitas me sacas con estos aires de la vieja Europa! Tranquilízate y cree a quien nunca te mintió; esa señora es y ha sido una mujer honrada; es una infeliz sin culpa alguna en las desventuras que la afligen.

MARY Luego... no es la madre de Carlos. Ya sabía yo que tú...

JULIO Por Dios, Mary, no me preguntes más; te he dicho lo que te puedo decir, lo que a tí te importa saber; no trates de averiguar lo que podría ser la desgracia de todos.

ESCENA TERCERA

DICHOS Y UN CRIADO

CRIADO (*Alargando una tarjeta.*) Este señor dice que usted le ha citado.

JULIO Sí, que espere un momento. (*A Mary.*) ¿Me permites, hija mía? Es un abogado

a quien tengo que consultar. ¿Te vas tranquila?

MARY Confío en ti, como deben confiar las mujeres enamoradas, aun encontrando incomprensible lo que su amante les dice.

JULIO (*Besándola en la frente.*) Eres un ángel. (*Sale Mary.*)

ESCENA CUARTA

DON RICARDO Y JULIO

D. RIC. ¿Don Julio Gálvez?

JULIO Servidor suyo, señor Ramírez; siento en el alma que al fin se haya usted molestado en venir. Cuando recibí su carta pidiéndome su entrevista, me apresuré a ir a su casa, sin tener la fortuna de encontrarle.

D. RIC. No le extrañe; mi tiempo es un milagro de elasticidades, y así y todo no me alcanza para nada: con el Congreso, Tribunales, bufete, círculo y ahora que estamos en la discusión de actas... Calcule usted, un jefe de grupo; no puedo dejar aquéllo, so peligro de que me metan un embuchado y me dejen un amigo sin distrito y a mí sin voto. ¿Usted es aficionado a la política?

JULIO No, señor; y por otra parte aún no me he instalado; no he tomado pie...

D. RIC. Es lástima; un hombre de las condiciones de usted podría en un partido de orden prestar grandes servicios a su país.

JULIO Y ¿por qué no en uno revolucionario?

D. RIC. Hombre, una persona de la posición social que me asegura que usted tiene quien me envía...

JULIO ¿Y puedo saber quién es esa persona y al propio tiempo el motivo a que debo el honor de su visita?

D. RIC. Me envía a usted mi cliente y amiga la señora baronesa de San Vicente que llegada a Madrid hace tres días, estuvo anteayer en mi despacho, me dió datos sobre su asunto y me encargó que me pusiera de acuerdo con usted dando por aceptado lo que concertemos.

JULIO ¿De modo, que esa señora ha enterado a usted?...

D. RIC. De todo, con notas escritas que mi pasante ha ordenado y que yo estudié anoche minuciosamente, a pesar de las ocupaciones que me agobian y de la actualidad política que reclama toda mi atención. Ya ve usted, constituyéndose el Congreso.

JULIO. Ya, ya me hago cargo. ¿Y puede usted adelantarme alguna impresión?

D. RIC. Yo creo que sí; parece que se trata de una herencia cuantiosa... De una hija natural y un hijo legítimo que se la disputan...

JULIO. Perdone usted, es lo contrario. Sin duda usted lo confunde con otro caso.

D. RIC. Es verdad; el niño es el que heredará y la hija legítima reclama contra él.

JULIO. Sigue usted confundido; nadie reclama contra nadie: la cuestión está en encontrar manera legal, o natural al menos, para que el hijo y la hija reciban lo que a cada uno es debi-

do, pues dinero y derecho hay para ambos.

D. RIC. Sí, la fortuna es considerable, y también me lo dijo la baronesa; no veo en qué puede haber dificultad.

JULIO. La primera dificultad está que ambos interesados, pero especialmente el hijo, deben ignorar ahora y siempre la causa de la herencia.

D. RIC. Eso es perfectamente posible hoy que los niños son pequeños; pero luego...

JULIO No, el niño no es tan niño; es un hombre de veinticinco años, inteligente y que conoce su condición de hijo natural.

D. RIC. Pues entonces, caso sencillo: mitad de la hijuela de uno de los legítimos, artículo...

JULIO No es ese el caso: la madre del hijo natural vive y quiere que su hijo la herede totalmente; pero sin que sepa de dónde viene tal herencia. Al mismo tiempo, el padre tiene motivos especialísimos e insuperables para oponerse a que esa mitad de hijuela de la hija legítima vaya a manos del bastardo, que ya será rico por su madre. ¿Cómo cree usted que esto podría arreglarse?

D. RIC. Hombre, eso... así a primera vista... Yo me llevaré apuntes y lo estudiaré, porque a mí estos casos de hijos ilegítimos, de niños abandonados, de huérfanos en el derecho, aunque no lo sean en el hecho, me interesan como a hombre más que como a letrado. ¡Ah los niños..., los niños...!

JULIO La sociedad se preocupa y compadece al hijo ilegítimo cuando es niño, y

por punto general, le menosprecia y desampara precisamente cuando es más digno de ayuda y compasión; cuando hombre o mujer ya formados luchan desigualmente con un mundo hostil que les dificulta hasta la formación de un hogar honrado y respetable, y les recuerda, en forma de dificultades y desvíos, aquel origen de pecado en que ninguna culpa tuvieron.

D. RIC. Con calor aboga usted en el asunto, como si le llegase a lo vivo.

JULIO No tanto como usted cree y más de lo que usted sabe. Pero vayamos a lo concreto: el joven a quien usted y yo nos referimos, lleva un nombre honrado que cree ser el suyo y que no es el suyo.

D. RIC. ¿Pues está reconocido o legitimado?

JULIO Las dos cosas: está reconocido como hijo natural, y lo es legítimo de otros padres.

D. RIC. No comprendo cómo...

JULIO Va usted a saberlo. Hablando a usted en términos semitécnicos, le diré que el niño fué concebido cuando sus padres verdaderos estaban ya unidos en matrimonio con todas las exigencias y requisitos legales y religiosos.

D. RIC. ¿Entonces?

JULIO Pero al nacer el niño su padre había muerto... Dios sabe como, y se supo que el nombre y la personalidad civil con que aquel hombre se había casado no eran los suyos, eran usurpados...

D. RIC. Caso de nulidad; artículo...

JULIO Sí, caso de nulidad de la unión legítima; pero, ¿y el hijo? ¿Y la honra de la madre?

D. RIC. El hijo quedaría en la condición de natural, artículo...; y en cuanto a la honra de la madre nada sufriría al haber sido víctima de una supercheria contra la que puede reclamar reparación e indemnización.

JULIO ¡Reparación...! ¡Indemnización...! ¡Hijo natural...! Me figuro, y aún sabía, que en las leyes escritas no encontraría la cosa otro remedio, y que, según ellas, la madre tendría que llevar sobre su frente el estigma de la mujer burlada por un fascineroso, y el hijo, al indagar su origen, se encontraría con su nombre de opropio y de maldición. Eso ni lo reparan las leyes ni lo indemnizan.

D. RIC. Sí que el caso es complicado.

JULIO Pues sí lo es por lo que sabe usted hasta aquí, todavía lo va a encontrar más por lo que después ha ocurrido. Desesperada la madre ante el porvenir suyo y de su hijo, busca consejo, y si es posible ayuda, de un hombre que la amaba con toda su alma, y éste vacila entre hacer su esposa a la mujer que había estado entre los brazos de un bandido o dar una situación social, un estado civil, siquiera fuese falso, al fruto de aquella unión maldita. Optó por esto último; dió su nombre a aquel niño procurándose una inscripción, en la que engañó fácilmente a los funcionarios legales, y aquél, hijo ilegítimo, lleva desde entonces el nombre de quien se sacrificó en aras del amor de aquella mujer.

D. RIC. Pero eso no podía hacerse; es una fal-

sedad, es una verdadera usurpación de estado civil.

JULIO — Contra lo cual supongo yo que nadie tendrá interés en reclamar; caso que sería el único para llegar a su descubrimiento.

D. RIC. — Es verdad; pero la ley...

JULIO — La ley que no tiene en cuenta todas las exigencias posibles de la justicia, no puede lamentarse de que se la burle cuando fuera de ella se buscan los remedios que ella no encierra.

D. RIC. — Tiene usted teorías peligrosas; pues si cada uno se erige en legislador, según cada caso...

JULIO — No es eso, es que las leyes no han podído prever todos los casos y los hombres que las interpretan, prefieren darlos de lado con todas sus consecuencias a confesar las deficiencias de sus textos.

D. RIC. — Pero de toda suerte, el joven de que se trata, aunque sea en equilibrio, tiene un estado civil.

JULIO — Sí, pero él se cree hijo natural reconocido de un hombre casado que tiene descendencia legítima; este hombre no quiere mermar el caudal de sus hijos cediendo una parte considerable de él al que ya dió generosamente su nombre; tanto más cuanto que la madre, para el muchacho desconocida, no tiene descendientes y quiere que su hijo disfrute de su fortuna.

D. RIC. — Esta es ya harina de otro costal... No puedo improvisar la solución, pero ya veremos, habiendo caudal, la cosa tendrá arreglo.

JULIO — Pero no olvide usted en las condiciones de sigilo que le he indicado.

D. RIC. — No tema usted; yo le prometo un escrito que será un verdadero estudio del problema, de las disposiciones legales aplicables al caso y de las formas y expedientes de habilidad con que se podrá llevar con toda discreción el difícil negocio de modo que nos complazca y traquilice. Yo haré que Peláez me reuna los antecedentes y en un par de noches de estudio y reflexión, todo quedará ultimado. Ahora, con permiso de usted, me retiro, pues la sesión del Congreso comienza a las tres; aún no he almorzado y es seguro que hoy tenga que hablar sobre el acta de Trujillo. (*Levantándose*) Un caso también muy complicado, pues hay algún interventor que ha usurpado el nombre y el estado civil de otro y esto es siempre cosa muy grave.

JULIO — Vamos, y usted lo encuentra análogo a nuestro caso. (*Con ironía.*)

D. RIC. — Y qué sé yo si aún más grave, pues la no aprobación de ese acta sería una afrenta para la fracción que acaudillo y... próxima una crisis, debiendo yo pasar siquiera por la cartera de Gracia y Justicia.

JULIO — Comprendido..., comprendido; entonces espero a que usted me avise; pero le ruego la posible urgencia.

D. RIC. — No tema usted, pues de esto del acta saldré pronto, y entretanto Peláez... adiós, amigo mío.

(*Julio acompaña a don Ricardo hasta la puerta, y al volver dice:*

JULIO — Como me lo temía: la preocupación de este hombre son sus intrigas políticas; su erudición, la de su pasante; su aspiración, la minuta.

ESCENA QUINTA

CARLOS, MARIA, JULIO. Después MARY

MARIA — Ya estamos de vuelta. ¿Ha salido mamá? Pues todavía podré acompañarla... Aquí viene.

MARY — (*Que sale con el sombrero puesto.*) Qué ¿terminó ya la visita artística? Pronto habéis vuelto.

MARIA — Sí; comprendía que Carlos se estaba aburriendo y que seguía en el Museo puramente por darme gusto.

CARLOS — (*Que desde que entró se habrá sentado junto a la mesa de fumar.*) Qué idea. Le quitáis la expontaneidad a uno sabiendo que le suponeis preocupado. Vais a dar lugar a que evite vuestra compañía.

JULIO — ¿Qué tiene de particular que tu hermana suponga que te ocurre algo y exagere también en la interpretación de tu silencio?

CARLOS — Nada... pero cuando se tiene una preocupación, por pequeña que sea y no se quiere decir y le preguntan a uno, y le preguntan, y le preguntan... es terrible.

MARIA — Vaya, vaya, vámonos mamá, que bien claramente se ve que le molestamos a este chiquillo mal criado.

ESCENA SEXTA

JULIO y CARLOS

CARLOS — ¡Molestarme su cariño, Dios mío! ¿Cómo no seré más dueño de mis acciones y de mis palabras para poder disimular?

JULIO — ¿Disimular? ¿Y qué tienes tú que disimular, hijo mío? Si alguna contrariedad te ocurre, ¿será esta la vez primera en que tengas que ocultárselo a tu familia? ¡A mí que te he educado más como hermano que como hijo!

CARLOS — (*Con la cabeza entre las manos.*) Sí, es verdad; ha sido usted muy bueno conmigo, muy bueno. ¡Ojalá no lo hubiera sido tanto!

JULIO — ¿Te pesa mi cariño?

CARLOS — No, no me pesa; lo que quisiera saber claramente (*con resolución*) hablando de hombre honrado a hombre honrado, es cuál ha sido la verdadera causa de ese cariño que usted me ha demostrado.

JULIO — (*Levantándose alarmado*). Carlos ¿qué dices? ¿Preguntar la causa del cariño de un padre...?

CARLOS — ¿Y si lo preguntara quién duda ser hijo de usted? Si harto de sufrir y ocultar lo que desde hace días le roe el corazón y desde hace años le entristece el alma; si lo preguntara implorando la misericordia de que no se le ocultara la verdad por tener en su alma un sufrimiento mucho mayor que todos los que la verdad le pudiera producir...?

JULIO — Pero... ¿estás loco?

CARLOS No lo sé; hoy creo que sí. Desde que hemos llegado a España se han agudizado mis dolores y recrudecido mis sospechas... Don Julio, ¡Don Julio! ¡Padre mío! ¡Mi protector, mi amparo, no me deje usted sufrir más! ¡Yo quiero saber de boca de usted lo que ya sé de otra boca, para usted y para mí santa; yo quiero saber si no soy su hijo; quiero saber quiénes son mis padres, si viven, cuál es la causa de que me hayan abandonado, aunque haya sido en las manos nobles de usted...! ¡Quiero saberlo todo; me va en ello más que la vida, más de lo que usted puede pensar!

JULIO *(Aturdido.)* ¿Qué especie de arrebato es éste...? Jamás me has insinuado duda alguna. ¿Qué puede haber dado motivo a esta situación de tu pobre espíritu? Carlos, tranquilízate; en tu pasado, en tu origen hay lo que ya sabes, lo que la muerte de tu madre hizo que yo no pudiera reparar; pero eres mi hijo; como tal llevas mi nombre, te he educado, y se me despedaza el alma al verte sufrir como comprendo que estás sufriendo.

CARLOS No, no; es inútil que usted procure fingir. No sabe usted mentir. Lo que le he dicho le aterra, porque es verdad y por comprender que yo no tenía derecho a hacerle sufrir conmigo; he callado mientras he podido callar; pero hoy no puedo porque ocurre algo mucho más horrible que todo lo que usted puede imaginarse.

JULIO *(Alarmado.)* ¿Qué dices? ¿Qué ocurre? ¿Quién ha envenenado tu pobre alma?

¿Quién puede haber tenido interés en destruir la paz y la dicha de que gozabas y que mis desvelos te han procurado? Eres mi hijo, eres mi hijo, Carlos mío; quien otra cosa te haya dicho ha mentido, ha mentido, ha mentido.

CARLOS ¡Calle usted! No blasfeme. ¿Sabe usted quién me lo ha dicho? Pues me lo ha dicho aquella santa que está en los cielos, mi pobre abuelita, la que tanto amé y que tanto me amó. (*Llorando.*)

JULIO ¡Mi madre..., imposible! Tú tratas de hacerme decir algo que satisfaga a esta locura que te ha asaltado, y para ello invocas lo que sabes que para mí es más sagrado. Ella no ha podido decir eso.

CARLOS No miento, no; Un día que en un violento arrebato de mi carácter golpeé a un pobre indio de nuestros criados, aquel viejo *bata* Asunción, oí que éste decía a sus compañeros: «Me aguanto porque sé que el *castila* le quiere como a un hijo; pero no es su hijo, no es su sangre, porque es malo y pega. Cuando le trajo era grande de dos años y el *castila* llevaba aquí cuatro o cinco.»

JULIO Pero, Dios mío, ¿cómo pudiste dar oido a un hombre despechado, probablemente borracho; tú sabes que aquellos indios bebían, ¡qué podía él saber de tales cosas!

CARLOS No, padre, no; desde entonces di en observar, en cotejar fechas, era ya un hombre y no era fácil engañarme. Pasaron dos años y llegó el momento de la enfermedad de la pobre abuelita. Ya sabe usted que ella no quería que me

apartase de su lado; la cuidé como debía, porque era mi mayor amor en la vida. Llegó el momento de su agonía, serena, tranquila, dulce como había sido su existencia; recibió los Sacramentos, y al salir el sacerdote de la alcoba me arrodillé sollozando junto a su lecho, le pedí su bendición y llorando los dos, la dije en el momento en que quedábamos solos: «Mira, abuelita, acabas de recibir a Dios; tú no puedes mentir y menos en este instante, dime la verdad: ¿Soy hijo de tu hijo Julio?» La pobre viejecita abrió espantada los ojos, cruzó las manos; yo me aterré y me arrepentí de lo que había hecho; pero ella, trémula, me asió la cabeza, y besándome en la frente me dijo: «No, no puedo mentir; pero ámale como si lo fueras...» Y ahora, don Julio, ¿podrá usted decir que ha mentido quien me dijo aquéllo?

JULIO (*Alarmado.*) ¡Señor, señor! ¿Será posible que las buenas obras no tengan acción redentora sobre las malas? (*Levantándose con resolución.*) Mi madre no mintió ni entonces ni nunca; pero su pobre cabeza...; la escena cruel que provocaste, ¿cómo no había de trastornar el cerebro de la pobre moribunda? ¡Ah, Carlos! Veo que todos mis cuidados no han logrado vencer tu natural impetuoso. Lo que hiciste aquel día no te lo perdonaré jamás. ¡Envenenaste los últimos momentos de lo que más he amado en el mundo, y los envenenaste por una curiosidad malsana y egoista que puede producirte la

desgracia de toda tu vida, la intranquilidad de todas tus horas.

CARLOS — Es verdad. perdóneme; pero yo no podía vivir con mi zozobra. Como no puedo vivir más sin que usted me diga quién fué mi madre, quién es mi padre, cuál es el motivo por que usted me acogió y amparó. Mi madre sospecho ya quién es. La visita injustificada a la Ribera y el efecto que produjo en aquellas señoras, son datos bastantes para que yo crea que la baronesa es mi madre o sabe quién lo es, y yo sabré ir y suplicarla y arrancarla su secreto; yo le guardaré en mi corazón; pero lo que no puedo guardar es el hipócrita disimulo que me ahoga y me desespera.

JULIO — Nada te podrá decir; no mortifiques a esa desgraciada.

CARLOS — ¡Ah!, no me lo podrá decir; entonces deduciré que soy hijo de una mujer que no sabe cuál de sus amantes me engendró.

JULIO — *(Intentando taparle la boca.)* Miserable, calla, no sabes lo que dices; esa mujer es la más honrada, la más digna de las mujeres. *(Pausa.)* Está bien, pues quieres saberlo, mejor es que lo sepas que no dar suelta a las ruines suposiciones de tu locura. Si, esa mujer es tu madre; ámala y respétala como a tal; pero júrame que jamás la preguntarás quién fué tu padre.

CARLOS — Luego no es usted. Perdón, pero yo no puedo prometer que no indagaré cual es mi verdadero origen; yo lo sabré por la súplica, por la amenaza de mi vida, por lo que quiera que sea, por-

que ya le he dicho a usted, señor Gálvez, que nos va a usted y a mí en ello, quizá más que la vida. Y ahora que, tras tantas dudas y sufrimientos comienzo a vislumbrar como posible mi felicidad; ahora que sé que no llevo en mis venas su sangre de usted, ahora no puedo prometer nada, no puedo renunciar al cumplimiento de mi dicha.

JULIO Pero, ¿qué dices, desventurado? Vienes a confesar que te regocija el saber que no eres hijo del hombre que te ha sacrificado el nombre, desvelos, cuidados, riesgos, que ha visto apuntar tu carácter impetuoso y violento...; y como premio me dices que es para tí una felicidad el saber que no tienes mi sangre. ¡Pobre loco! Merecías que yo fuera menos dueño de mí, que no estimara tu tranquilidad futura, y no estuviera ligada con la de esa infeliz a quien me he inmolado inútilmente.

CARLOS No, por Dios... No nos entendemos; es verdad, estoy loco y le hago a usted desatinar. No es que me pesé llevar su nombre, para mi sacrosanto; no es que repugne yo una sangre que quiero sea la mía, no; sépalo usted todo. Usted sabe que yo crecí y me eduqué al lado de María; hasta qué punto la he amado como a mi hermana y qué preferencia ella ha tenido por mí, suavizando con la dulzura de su alma hermosa las asperezas indómitas de mi carácter. Pues bien, desde que hombre ya sospeché, y luego supe que no era mi hermana, creció mi afecto, transformándose y mortificando mi pobre cerebro y destrozando mi cora-

zón, ante el temor de que pudiera ser un amor criminal inconfesable. Hoy sé que su sangre no es mi sangre; que puedo amarla sin cometer un delito horrible... ¿Comprende usted, padre mío, por qué soy dichoso al saber esta parte de la verdad que era la que a mí más que todo me importaba? ¿Comprende usted por qué quiero ya saber si soy digno de ella, de despertar el alma inocente de ese angel, para saber si puede corresponder al amor inmenso que la tengo?

JULIO ¡Qué horror...! ¿Pero... María...?

CARLOS Nada sabe; nada la he hecho sospechar. La amo demasiado para haber querido que pudiera compartir el infierno de dudas en que yo me abrasaba.

JULIO Pues bien. (*Vacilando.*) Es necesario que ella continúe ignorándolo todo. (*Con resolución.*) Ese amor es imposible; tan imposible, como si realmente fueras su hermano.

CARLOS ¿Qué dice usted? ¿Cuál puede ser el motivo...? Yo no pretendo imponerla mi amor, pero sí decir la verdad y esperar su sentencia. De ella, solamente de ella, la espero; de los demás no acepto obstáculos misteriosos. Usted no tiene el derecho de amargar una vida que hasta ahora ha contribuído a hacer digna y feliz.

JULIO. Pues en nombre de eso que tú recuerdas, yo te prohibo que nada digas a María; pues aun cuaudo ella cambiara respecto a ti y te amase, vuestra unión sería imposible...

CARLOS Imposible, ¿por qué?

JULIO (*Vacilante.*) Porque ante el mundo tú sigues siendo mi hijo, llevando mi nombre... No cabe anular mi reconocimiento.

CARLOS ¡Ah! Todo eso con paciencia y con dinero se subsana. La evidencia de mi nacimiento dos años después de su ausencia de usted de España...

JULIO Pues bien, aunque todo eso pudiera lograrse, sábelo de una vez: mi hija no sería nunca tu mujer.

CARLOS Don Julio, ¡por Dios!; vea usted lo que me dice, y en qué momento me lo dice; considere las conjeturas a que me lanza, lo que un pobre loco puede intentar y puede hacer.

JULIO Yo te prohibo que intentes nada.

CARLOS Para prohibirme eso era necesario que usted fuera mi padre. ¿De modo que usted me ha confiado su nombre para que le lleve, sin pensar en que pudiera envilecerle, y no me encuentra digno de dárselo a su hija? ¿Y quiere usted que yo me conforme con estos misterios y estos embrollos? ¡Ah, no, señor de Gálvez! Ni soy yo hombre que a eso me resigne, ni usted me ha enseñado a avenirme con farsas ignominiosas.

JULIO Mira bien lo que me dices y el respeto que me debes.

CARLOS ¿Qué se yo ya lo que a usted debo ni lo que a usted le puede haber valido lo que por mí ha hecho? Hable usted de una vez; hable usted claro.

JULIO ¡Desdichado! Merecías que lo hiciera. *(Julio sale precipitadamente.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

(La misma decoración del acto precedente)

ESCENA PRIMERA

MARY, MARIA
(Bordan en el bastidor)

MARIA — Pues, señor, decididamente, después de la ilusión que tuve por este viaje, estoy casi arrepentida de haber venido a Europa.

MARY — ¿Por qué? No me seas impresionable. ¿No sabes que esta primer parada en España es transitoria y que pronto saldremos para los países que tanto ansías visitar? España es la patria de tu padre, es nuestra patria. Luego conoceras Inglaterra, patria de tu abuelo y veremos qué te gusta más.

MARIA — Creo que me gustará más cualquier otro país; pero si en todos ellos he de seguir observando vuestras caras serias y el cambio de vuestro humor amable, la inexplicable frialdad del trato en familia... ¡De una familia como la nuestra!

MARY — Pero, ¿de dónde sacas eso? Tu padre tiene negocios a que atender, y por

eso está menos con nosotros... No es la vida de Madrid como la de Manila; aquí cada asunto requiere visitas, gestiones...

MARIA ¿Y mi hermano?... ¿También tiene negocios?... Y tan graves y urgentes son los tales negocios, que le han obligado a no venir a hacer más que una comida con nosotros al día... Vamos..., ¿está eso bien? El que antes encontraba su mayor deleite en estar contigo y conmigo...

MARY Pero te olvidas de que todo eso sucedía en Manila, es decir, en un medio social aburrido...; pero aquí, en Madrid. Tú no conoces a los hombres, hija mía, y menos a los jóvenes. Son mas volubles que nosotras, y la casa para ellos no es sino un sanatorio para tomar fuerza; son encantadores para el público y guardan los malos humores para la familia. ¡Candilitos de puerta ajena!

MARIA ¡Pues es bonito el destino de las mujeres, si eso es verdad!

MARY No siempre, pues eso no toca a las que tienen la fortuna de dar con un marido como el mío: esas son mil veces más felices que los hombres; son soberanas irresponsables, que ni siquiera reinan ni gobiernan; cobran la lista civil, reciben los homenajes y se dedican a ser dichosas.

MARIA Pues mira, aun a ese marido modelo, a papá, le encuentro estos días cambiado..., y a tí; ¿por qué no he de ser franca? Tengo la certeza de que todos me ocultáis algo, y algo grave que yo

no puedo saber. Tengo tristeza, presentimientos...

MARY — No seas tontina, no insistas..., y sobre todo, ten confianza en que lo que te pudiéramos ocultar, si algo te ocultásemos, sería para bien tuyo.

MARIA — En eso confío ciegamente y me callo; sé que los tres me queréis, que sois buenos y ¿para qué quiero saber más? Pero conste que pedis una confianza que yo no merezco de vosotros.

ESCENA SEGUNDA

DICHAS Y CARLOS

CARLOS — ¡Qué! Siempre sobre el tapetito, y ¿qué tal, qué tal marcha? Después de tantas combinaciones, de estudios eruditos, esa obra va a necesitar una explicación sabia acerca de la historia del bordado, en la India, en Egipto, en todos esos puntos que como en China y Japón habéis puesto a contribución para vuestra obra magna. *(Durante toda la escena, Carlos hablará nervioso y agitado, sin exageración.)* Es necesario no salir de Madrid hasta que el tal tapete esté terminado. Es decir, allá para dentro de dos años.

MARIA — No tanto, hombre, no tanto. Pero veo que te vas reconciliando con Madrid.

CARLOS — Completamente. El tiempo ha mejorado y encuentro el cielo verdaderamente explémdido; he hecho amistad con jóvenes alegres, europeos..., modernistas. Está esto más adelantado de lo que yo creía. Se pasa muy bien en el *Merry-Club.* Hay allí un *Bartender*

americano que hace unos *cok-tails* excelentes; y luego el saloncito reservado para los fumadores de opio..., ideal, María, ideal.

MARY — ¿También aquí han caído ya en esos adelantos? ¿Y habrá sus inyeccioncitas de morfina?

CARLOS — Ya lo creo, y de cocaína, y traguitos de éter, del delicioso, del sublime éter.

MARIA — Sí, sí, delicioso; para venir apestando la casa a fotógrafo y a vieja histérica. *(Mary se levanta dejando la aguja en el bastidor y dice a María:)*

MARY — Mira, ve llenando este fondo mientras yo busco el hilillo dorado que ayer compramos. *(Sale.)*

ESCENA TERCERA

CARLOS, MARÍA

MARIA — Vamos hombre, cuéntame, cuéntame lo que vas sabiendo de por aquí; llevamos ya dos meses en esta Villa y Corte y apenas hemos tratado a nadie... Tengo unas ganas de irme...

CARLOS — Pues yo no; y si papá da por terminados esos dichosos asuntos que le retienen y levantáis el vuelo, yo aquí me quedo y me instalo por ahora.

MARIA — Eso se llama cambiar de frente: antes era Madrid inaguantable; ahora resulta un Paraíso.

CARLOS — Se habla de la feria como va en ella. He dado en un círculo selecto y divertido. He hecho amistades con la mitad del elemento joven del cuerpo diplomático, y luego he entrado en esa colonia cosmopolita que en todas

las grandes ciudades lleva la batuta en materia de diversiones y modernismos.

MARIA — Sí, y de ahí salen esas moditas del éter y de la cocaína...

CARLOS — Tienes razón; esas cosas unas veces son recursos de la tristeza; otras, lenitivo de la desesperación, pero en las más de las ocasiones, falsas aparatosidades de esnobismo con que se sobreatontan los que ya son tontos de nacimiento y no encuentran otro modo de hacerse interesantes.

MARIA — Y ¿en cuál de los dos grupos colocaremos a nuestro Carlitos?, porque por tonto no le tengo, y desesperado no sé que lo esté.

CARLOS — Desesperado no; pero cansado de una vida sin ideales; con el corazón sediento, no de dichas, sino siquiera de esperanzas; sin norte para el porvenir, tranquilidad en el presente, ni satisfacción de su pasado...

MARIA — Chico, chico, ¿qué te pasa? Tú estás enamorado y no te quieren o no sabes la casa, como dicen por acá.

CARLOS — ¡Quién sabe si tienes razón! Quizás esté enamorado, pero enamorado del amor, sin determinación en mi afecto, por no haber encontrado mujer alguna que pudiera hacerme feliz, que corresponda al tipo que yo he soñado.

MARIA — Pues ¡no nos ha salido poco difícil el señorito! ¡Ninguna mujer digna de él en medio mundo que lleva recorrido!

CARLOS — Tal vez por haber encontrado demasiado pronto el tipo ideal, ser él imposible y andar buscando algo que se le parezca. Sí; soy difícil porque no com-

prendo que un hombre pueda enajenar su felicidad y el porvenir de toda una vida por la impresión de unos instantes o por el trato de algunos meses. El carácter que es la verdadera garantía de la dicha diaria, no se conoce sino pasado tiempo y estudiado en muy variadas circunstancias; entonces comprendo que nazca el verdadero, el sólido amor; todo lo demás son caprichos fantásticos en que aventuran los impresionables muchas desventuras.

MARIA Según eso, tú eres partidario de los amoríos interminables en que envejecen y se aniquilan la juventud de los enamorados y la paciencia de las familias.

CARLOS De lo que soy partidario es de que cada uno sepa bien lo que se hace en el negocio que más le importa en la vida y sin saber si el objeto de nuestro amor es digno de él, no creo en el amor. Mira, supón tú que nosotros no fuéramos hermanos..., entonces no nos podíamos engañar uno a otro.

MARIA Es verdad, pero este mismo trato continuado e íntimo, creo yo que imposibilita el nacimiento del amor.

CARLOS *(Con lentitud.)* ¿De modo que yo no te inspiraría amor sino fuese tu hermano?

MARIA Seguramente que no. Nunca se me ha ocurrido pensar semejante tontería, pero creo que sería imposible trocar el cariño fraternal, las intimidades y caricias inocentes de la infancia, por otro afecto alguno. Por ejemplo, cuando vienes y vas de viaje, me besas en

la frente y me encanta que lo hagas; pues supón tú que yo veía en tí al hombre y no al hermano..., ¡me daría un asco!

CARLOS ¿Asco?

MARIA Asco y horror; por lo mismo que antes era tu beso inocente. No comprendo que los afectos cambien de pronto.

CARLOS Supón tú que yo tuviera como ideal el encontrar una mujer como tú.

MARIA ¡Jesús que galante! Pues no te costaría mucho encontrarla y aún mejor. *(Carlos se habrá ido aproximando a María que sigue bordando.)*

CARLOS ¡Pues si es difícil! Sería necesario que por una de esas combinaciones de novela, resultara un día que sabíamos que no éramos hermanos. ¡Ah entonces!

MARIA ¡Jesús qué idea! Tú te trastornas con esos éteres... Mira, hoy no me niegues que lo has bebido..., apestas.

CARLOS Ya no tengo más remedio que beberlo. Pero dime, ¿de modo que si por un azar..., no fueses mi hermana...?

MARIA Sería lo mismo..., yo no podría cambiar. ¡Qué horror! Pero (*Mirándole.*) ¿qué te pasa? ¿Por qué me miras así? ¡Carlos! (*Poniéndose en pie.*)

CARLOS (*Dominándose.*) ¡Qué tonta! ¿Te he asustado...? Por una broma...

MARIA No; es que voy a ayudar a mamá. ¡Mamá! (*Dirigiéndose a la puerta.)*

ESCENA CUARTA

DICHOS, MARY

MARY Creí no encontrar el dichoso hilillo. *(A María.)* ¿Dónde ibas? ¿Estás mala?

MARIA (*Turbada.*) No, iba a decirte donde habíamos dejado eso, pues me figuré que no lo encontrabas.

MARY Estás sofocada.

MARIA Es que este gracioso me estaba contando sus fechorías y alabándose de las drogas que toman esos cretinos de sus amigos.

CARLOS (*Con agitación.*) Nada de cretinos, son muchachos *trés comm'il faut;* mira; hay entre ellos dos argentinos, ¡qué esperanza!, que botan la plata como el humo de sus cigarros; dos italianos marqueses, de las casas Bocanegra y Colomini y un príncipe ruso: El príncipe Rotowsky. (*Al tiempo de pronunciar Carlos el nombre, Julio le oye al entrar y queda detenido.*)

ESCENA QUINTA

DICHOS, JULIO

JULIO ¿Y es muy amigo tuyo ese señor?

CARLOS Amigo de Club, de alguna que otra francachela, y sobre todo del *fumoir* misterioso. Hoy va a venir a buscarme para comer juntos con otros íntimos; por eso he venido a vestirme. ¿Si le quieres conocer?; pero él ha quedado en avisarme desde abajo.

ULIO No, no tengo el menor interés.

CARLOS Son tipos muy curiosos estos amigos míos; la mayor parte son insignificantes, es verdad; pero uno de los italianos, por ejemplo, viene detrás de una artista de opereta, ni bella, ni distinguida, que bebe, le maltrata y le pone en ridículo hasta con sus criados, a punto de que un día...

MARY — Harias mejor Carlos en no contar esos horrores y menos delante de tu hermana.

CARLOS — Lo cuento para que comprendan ustedes toda la utilidad de la morfina y el éter; porque ese día, dice el buen marqués, que al ver que no tenía valor para prescindir de aquella mala hembra, estuvo a punto de pegarse un tiro; pero prefirió ponerse doble dosis de morfina, beber medio litro de éter, y al despertar ya estaba resignado y contento.

MARY — Me das miedo, aunque sé que hablas por hablar.

CARLOS — Pues el ruso es más extraño: ocurrió en su familia en el hermano mayor de su padre un crimen, por el cual le usurparon nombre y documentos. Vivió el criminal sin ser sospechado por algún tiempo, hasta que fué descubierto, y ahora él viene en busca de una cómplice, que supone en España para comprobar que los antecedentes hereditarios que sirvieron de explicación en el delito, se han confirmado en un hijo que cree tuvo el asesino. Es una información científico-egoísta, pues parece que había consanguinidad, entre el criminal y los Rotowskis y el actual tiene la obsesión de que él es un criminal latente y se consuela a fuerza de inyecciones.

JULIO — ¡Pues si que es divertido tu círculo de degenerados!

CARLOS — Se forman individualidades que difieren del común sentir. de la rutina social; disgustados de la vida vulgar y asfixiante, de los convencionalismos

que agobian, de lo monótono que ahoga...

JULIO — O incapaces e infecundos que buscan en la excentricidad un modo de hacer notoria su personalidad insustancial...

CARLOS — ¿Quieres que el mundo se componga de eminencias?

JULIO — No, quiero que se componga de gente discreta, que entienda que estamos sobre la tierra para servirnos los unos a los otros, ya que para amarnos se va viendo que ha sido inútil predicarlo. Pero mira, quiero enterarte de un asunto que sería pesado para estas señoras. *(Salen por la izquierda Julio y Carlos.)*

ESCENA SEXTA

MARY Y MARIA

MARY — Recojamos nuesrra labor, pues la luz va cayendo y no me gusta trabajar de noche. *(Mirando a María.)* ¿Pero qué tienes? Tú estas turbada. ¿Te ha contado alguna inconveniencia mas ese chiquillo?; porque hoy lo encuentro muy excitado y si da en beber esas porquerías y se envicia con esos venenos..., me temo por su salud y por sus nervios, pues no se me olvida la temporada que pasó entre los quince y los diez y seis años, en que tu padre creyó que le iba a quedar algún desarreglo nervioso.

MARIA — No, nada me ha contado; pero creo como tú, que no está bueno. ¡Dichoso Madrid! Con que mal pie hemos entrado en él, cuando creíamos

hacer un viaje de placer y diversiones. Mira, mamá, te lo ruego de veras; procura que nos vayamos de aquí cuanto antes; me aburro, me fastidio, tengo la certeza de que si estuviera aquí algún tiempo, enfermaría.

MARY — Por Dios, hija mia, no me preocupes ni preocupes a tu padre. Ya le has oído que va despachando los negocios que aqui tenía y podremos irnos pronto a tu soñada Italia, a París, a Inglaterra, en fin, a todos los sitios que te hemos prometido irías.

MARIA — Iremos los tres solos, ¿verdad? Papá, tú y yo. Carlos desea quedarse; sus aficiones y su género de vida van siendo tan distintas de los nuestros, que será lo mejor para él y para nosotros

ESCENA SEPTIMA

DICHAS Y UN CRIADO

(Entrando con una tarjeta.)

MARY — (*Leyendo.*) ¿La baronesa de San Vicente? Esta señora en Madrid, ¿qué querrá de mí? (*Al criado.*) ¿Pregunta por mí o por el señor?

CRIADO — Pregunta por la señora; viene acompañada de otra señora que parece extranjera...

MARY — Dígale que pase. (*A María.*) Vete tu, hija mía, pues sé que esta dama querrá que la reciba a solas... Cuestaciociones de caridad sin duda.

MARIA — Bueno; si me necesitas me llamas. *(Sale.)*

ESCENA OCTAVA

MARY, LUISA Y MISS O'RYAN

LUISA (*Entra apoyada en Miss O'Ryan con paso lento y dice. dirigiéndose a Mary.*) ¿La señora de Gálvez? (*Signo afirmativo y cortesía ceremoniosa de Mary, que la señala un sillón.*) Viene a usted una señora, una mujer que, conociendo las hermosas dotes de su corazón, acude a ellas en busca de un consuelo para sí y deseando traer una tranquilidad para usted.

MARY No sé, señora, quién podrá haber dado a usted informes tan loables respecto a mí, y espero oir en qué puedo servir para su consuelo y cuál es la tranquilidad que usted puede traer a quien se tiene por feliz y por tranquila.

LUISA Los informes sobre usted me los ha dado su mismo esposo don Julio Gálvez. (*Movimiento de extrañeza en Mary.*) Sí, él mismo, aunque para mí eran inútiles, pues habiéndola a usted él elegido por esposa, bien he comprendido que había usted de tener condiciones de alma, paralelas a las del hombre más generoso y más bueno que he conocido. Creo que él ya habrá a usted hablado de mí; pero tengo la certeza de que sólo en parte lo habrá hecho, pues poseyendo un secreto mío, no se habrá creído autorizado para revelar más que una parte de él y en la otra precisamente es en la que está la tranquilidad que yo quiero ante todo y sobre todo traer a esta casa, de la que he recibido sola-

mente bienes, en la que he encontrado nombre, amparo y amor para lo que más amo en el mundo, aquello a que yo no podía prestar ni amor ni amparo, ni nombre. Podemos hablar con franqueza: nos escucha solamente mi maternal amiga Míss O'Ryan; la constante compañera de mis breves y lejanas horas de felicidad, de mis largas horas de dolor y de vergüenza.

MISS O'RYAN De vergüenza no, mi pobre señora; de de vergüenza no; porque donde no hay pecado no puede haber vergüenza. La desgracia no es pecado. Cuéntele a la señora su historia y ella la consolará, la ayudará...

LUISA Poco consuelo y poca ayuda espero. Sé que mi vida será ya corta y lo único que quiero es resolver el problema de mi hijo; de mi hijo Carlos, señora..., de mi hijo Carlos.

MARY (*Levantándose.*) Luego usted... Y Julio me lo negaba.

LUISA Sí, Gálvez lo negaba porque había jurado no revelarlo hasta que yo lo hiciera; porque era mi secreto y una parte de ese secreto despierta en usted un recelo, que parece natural y claro, y que yo vengo a disipar. Déjeme usted hablar, que yo no he vacilado en venir a confiar mi pena de mujer desgraciada, pero inocente, en el corazón de la mujer noble que pretendo que acabará por ser mi amiga.

MARY ¿Su amiga? (*Volviendo a sentarse.)*

LUISA Sí, mi amiga; pues sepa usted ante todo que aunque soy la madre de Carlos y éste se encuentra reconocido como hijo por Julio, Julio no es el pa-

dre de Carlos, ni ha tenido conmigo más que una amistad o si quiere usted un amor inocente y puro de los primeros años que yo olvidé.

MARY — Hable usted señora y tenga por cierto que la escucho con interés y con simpatía. Su acento es el de la sinceridad y el dolor y las mujeres nos comprendemos pronto cuando hablamos con estos acentos.

LUISA — Abreviaré cuanto pueda. Cuando Julio partió la primera vez de España, lo hizo con la esperanza de hacer una fortuna suficiente para poder pedir mi mano; hija yo de un político influyente, pero no rico, inteligente y trabajador Julio, no era difícil la empresa. Partió y a poco la muerte de un hermano de mi padre acaudalado propietario cubano, cambió el modo de ser de mi casa e hizo posible mi deseo de llevar a mi padre enfermo a los países que unen a la bondad del clima las exquisiteces del lujo y de la moda; fuímos a Cannes, allí pasamos un invierno y allí conocí a un extranjero elegante, rico, adulado por todo el mundo y que desde luego comenzó a mostrarme manifiesta inclinación. Mi pobre cerebro se ofuscó y a pesar de los consejos de esta pobre mujer (*señalando a Miss O'Ryan*) dí oídos a aquel hombre, que nos siguió a Madrid a nuestro regreso, habló a mi padre, mostró documentos y papeles, consiguió mi asentimiento, y a los cuatro meses me llamaba yo la princesa Rotowsky.

MARY (*Alarmada.*) ¡La princesa Rotowsky..., ese nombre...!

LUISA Sí, quizá le sea a usted conocido, por haber estado ligado al ruidoso proceso que luego ocupó a toda Europa. Me faltan fuerzas y valor para seguir este relato.

MISS O'RYAN En el viaje de boda a París acompañé yo a los novios. A poco de estar allí se presentó un agente de la justicia en nuestro hotel; selló cofres y armarios y llevó detenido al falso príncipe y a la pobre señorita de mi alma. Ella, tan mimada, tan bien criada. A fuerza de telegramas, reclamaciones e intervención de la embajada, conseguimos la libertad de ella; la de él no; no pudimos volverle a ver. Volverle a ver..., sí, lo he creído, cuando el otro día, hace dos meses, nos presentó don Julio a don Carlos en nuestra casa, la misma voz, la misma cara, y hasta vestía un traje igual a los que el otro llevaba en Cannes.

MARY Serénense ustedes, no hace falta saber más horrores; ¿pero la adopción hecha por Julio...?

LUISA Nació Carlos en un pueblecillo del Mediodía de Francia y fué registrado como hijo mío, de doña Luisa Moncada, y... de padre desconocido. De padre desconocido porque el matrimonio era nulo y aunque al año siguiente fuí a Roma para procurar arreglar aquella vergüenza, que sobre mí y mi hijo pesaba, todo lo que pude hacer fué sobreponer a mi nombre el título que hoy llevo para pasar inadvertida en lo posible en el punto donde vivie-

ra. Cuando volví a España supe aun noticias más horribles. Mi burlador condenado a trabajos forzados por ladrón y asesino había muerto en una revuelta de los penados. (*Llora.*)

MARY ¡Qué horror!

LUISA Imposible que usted ni nadie pueda formarse ni lejana idea de lo que fué mi vida en los dos años que siguieron al nacimiento del niño: muerto mi padre, más de dolor y vergüenza que de sus largos males; sola en el mundo, sin más amparo que esta pobre amiga. ¡Cuántas lágrimas hemos vertido sobre la cuna del mísero inocente que veía yo crecer con horror, que no tenía nombre, y que era preferible que ni aun madre supiera que tenía, para que, por ella y por su historia, nunca pudiera saber la suya de oprobio imborrable! ¡Cuántos proyectos de expatriación! ¡Cuántos de padres comprados, de confidencias a personas desconocidas! En ninguno de aquellos planes, ni aun en el de mi muerte encontraba yo la garantía de que mi hijo pudiera ignorar siempre una historia que por todo el mundo había corrido y que en una u otra forma, más tarde o más temprano, aun con el sacrificio de mi separación, podía llegar a su conocimiento. Yo estaba dispuesta a todo con tal de que mi hijo ignorara siempre la condición y el fin de su padre. Me separaría de él, le dirían que yo había muerto. Todo era mejor que la horrible verdad...

MARY Pobre mujer; pobre Carlos, pobre amiga mía. *(Cogiéndola de las manos.)*

Levante usted el corazón. Dios no la desamparará.

MISS O'RYAN Dios no la desamparó. Supe yo la llegada a España de don Julio. Le conocía bien; vine a Madrid, le hablé y le conté todo, todo; la desesperación de mi señora por el porvenir de su hijo y él... hizo lo que nadie hubiera hecho.

MARY *(Levantándose con emoción.)* Acogió al huérfano, dió nombre al devalido, tranquilizó a la madre...

LUISA A la madre que le había burlado y dado al olvido.

MARY ¡Ah! Reconozco a mi Julio, a mi Julio del alma; bendito sea su hermoso corazón.

LUISA *(Levantándose y abrazándose a ella.)* Y bendito el de usted que ha sabido comprender a ese hombre, que le merece, que es digna de él y de ser con él dichosa con una dicha serena; con una dicha que yo puedo afirmar. *(Pausa.)* Me separé de mi hijo y, ¡vea usted lo extraño del corazón de una madre! No solamente no experimenté dolor, sino que sentí como consuelo al pensar que en aquella separación le iba la tranquilidad de su porvenir y de su felicidad. Las cartas que Miss O'Ryan recibía de Julio, me confortaban y me producían alegría; pero al propio tiempo despertaron en mi alma el deseo de volver a ver a mi hijo; sobre todo cuando ya casi hombre, me hablaban de aquella enfermedad nerviosa que tanto les preocupó a ustedes. Por fin pudo arreglar Gálvez el que a su venida a la Península le viese y ¡en qué ocasión!

La inesperada semejanza de su voz y figura con las del desdichado que le dió el ser, produjeron en nosotras tal efecto, que estuvimos a punto de descubrirnos. Desde aquel día, mi salud ya quebrantada, va de mal en peor; las emociones y las tristezas me matan y no he querido morir sin dejar asegurado el parvenir de Carlos y la tranquilidad de usted que ha hecho mis veces a su lado y en cuya alma no debía yo dejar recelos ni sospechas. (*Con calor.*) Hay que revelar a Carlos que yo soy su madre; ocultarle lo demás; esto es lo único que pido. Le llevaré conmigo y estará a mi lado el poco tiempo que sé que he de vivir. La parte material de los intereses, está ya arreglada gracias siempre a Julio (*a Mary*), perdone usted que así le llame. Yo le enseñaré a cuidar a los pobres, a dedicarse a los desvalidos. En todo puede haber felicidad; él será bueno, porque yo soy buena, porque ustedes le han educado en la bondad y en la virtud, y no creo que el parecido de su rostro corresponda al del alma del desgraciado que le engendró.

MARY Serénese usted. Cuente conmigo. Ya puedo hablar con franqueza con mi esposo. Ya habrán acabado para ustedes las zozobras y los tormentos.

ESCENA NOVENA

DICHAS Y UN CRIADO

CRIADO ¿Avisan al señorito Carlos que le es-

pera en el automóvil el señor príncipe Rotowsky?

(Miss O'Ryan acude a Luisa que espantada se pone en pie. Mary las conduce precipitadamente por la puerta de la derecha.)

MARY — Avise usted al señorito... Vengan us tedes por aquí. Carlos va a salir; conviene que no las vea.

LUISA — Pero Dios mío, ¿quién puede ser ese hombre?

TELÓN

ACTO CUARTO

Sala en casa de la Baronesa de San Vicente en Madrid. Muebles de hace 30 a 40 años.

ESCENA PRIMERA

DON NICOLAS, MISS O'RYAN

MISS O'RYAN Queda dormidita y con sueño más tranquilo que estos últimos días; no cabe duda que el que usted haya venido en su busca le ha dado mucha confianza; y más que nada, el haberle a usted enterado de todo, le ha producido el efecto de una confesión.

D. NICOLAS Infeliz mujer. ¡Qué claro veía yo en su tristeza y en la marcha de su mal, que eran más las aflicciones del alma que los daños físicos las que minaban su salud.

MISR O'RYAN ¿Usted sabe lo que la desgraciada ha sufrido en tantos años, sola conmigo?

D. NICOLAS Verdaderamente sin usted y sin el noble rasgo de Julio; ¿qué hubiera sido de ella? Y no es esto lo peor, sino que por lo que desde ayer vengo observando, si mucho me inquieta su estado, no me preocupa menos la situación de su hijo, y mucho más por los há-

bitos funestos a que se entrega, sin duda buscando en los artificios de esos venenos, un consuelo a las preocupaciones de su espíritu.

MISS O'RYAN ¡Qué lástima de muchacho! Pero yo espero que esos vicios los pierda en la tranquilidad del campo y con el cuidado de su madre. Nadie podría creer en tan pocos días que viven juntos, las ternuras que con ella tiene. Todo marcha bien por el día; pero desde la noche, en cuanto vuelve, según asegura Pedro, es ya otro hombre. Hoy no se ha levantado todavía.

D. NICOLAS Llame usted a Pedro para que nos de noticias suyas, pues es ya demasiado tarde.

(Miss O'Ryan llama a un timbre; aparece Pedro).

ESCENA SEGUNDA

DICHOS, PEDRO

PEDRO ¿Llaman los señores?

D. NICOLAS Sí, Pedro: te llamo para preguntarte a qué hora y como vino anoche el señorito Carlos.

PEDRO Ay don Nicolás; más valdría no hablar de eso. Todas las noches viene tarde y mal, diciendo que nada diga a la señora; pero anoche vino fatal; no podía ni tenerse ni hablar; le acompañaron hasta aquí arriba dos caballeros extranjeros, que venían poco menos que él, y todo se les volvia decir que llamara yo a un médico, porque se había puesto el señorito demasiadas inyecciones. ¡No tienen ellos ma-

las inyecciones! Wisky de una marca y Wisky de otra marca, y que si *blanco y negro* y que si *caballo blanco*, y creen que por que le añaden soda ya no es Wiski, y agarran cada papalina, que no parecen hombres, sino bestias; y luego si ven a un criado o a un pobre que se ha bebido unas copejas de las que quedan en la mesa y se pone un poco hablador, ¡hay que oirles a ellos como le ponen de barracho y de burro!

D. NICOLAS No, Pedro no; la borrachera de tu pobre amo no es de licores por desgracia, es de otras cosas que acaban con su vida.

PEDRO ¡Qué más me da a mi; llamele usted de un modo, llamele usted de otro. la cosa es que ellos se vuelven brutos por su voluntad, como el último mozo de cuerda bebiendo *peñazcaró* en la tasca de la esquina.

MISS O'RYAN Bueno, ¿pero no ha llamado?

PEDRO Sí, ya se está vistiendo y ha dicho que avisen a la señora cuando despierte, que la quiere hablar. Está que parece un muerto. La juerga de anoche ha debido ser de órdago... Mire usted que el buen señorito ir a aparecer a estas horas, para traerle a la santa de su madre más disgustos de los que ya ella tenía. Bien podía don Julio haberselo guardado una temporadita más y no soltarnos la alhaja y marcharse con los suyos.

MISS O'RYAN No hable usted de lo que no entiende. Don Julio ha hecho lo que debía. Y eso de soltarle y marcharse no es verdad, puesto que él ha ido a dejar su

familia en Biarritz y volverá, porque así lo ha ofrecido; si es que ya no ha vuelto. Pero, silencio, oigo ruido en el cuarto de la señora, y como duerme vestida y sentada, puede acercarse y oírnos. Voy a ver. Pedro, creo que llaman.

(Sale por la puerta de la izquierda. Pedro por el fondo y a poco reaparece éste con don Julio).

ESCENA TERCERA

JULIO, DON NICOLAS

JULIO — Mi buen Nicolás *(le abraza)*. ¡Qué seguro estaba de que habrias acudido a nuestro llamamiento. Te necesito como se necesita a un hermano en los momentos de angustia. He dejado mi familia en Biarritz y vengo a recoger los papeles de ese abogado que dice haber arreglado la parte material de estos asuntos; pero te necesito para que acompañes a Luisa y a su hijo, para que los lleves contigo. No se me oculta cual es su verdadero estado; pero... tú no los abandonarás; yo iré a veros pasado algún tiempo. No los dejes por Dios, Nicolás mío!

D. NICOLAS — Nosotros somos dos grandes amigos y el ideal del amigo consiste en que aparezca cuando hace falta, responda cuando se le llama y desaparezca cuado no es necesario. Tienes razón para alarmarte; no sé si la Baronesa resistirá el viaje, pero sí sé que siguiendo en Madrid, vivirá pocos días, pues las emociones que sufre y oculta,

determinan ataques de asistolia, en uno de los cuales morirá seguramente. En el campo no podrá su hijo inquietarla con la conducta absurda que aquí lleva, y en cuanto a él estoy casi seguro de qne allí se curará. No sabes la simpatía que tengo yo por ese desdichado: su delirio tomando la forma de los propios de estas intoxicaciones artificiales, se compone desordenadamente de los personajes fantásticos y las citas de sus lecturas, de los sentimientos fracasados en su corazón, de los horrores de que es víctima. Me produce verdadero enternecimiento; déjale por mi cuenta. Es un caso a propósito para mi sanotorio y mi sistema... El reposo de los sentidos, la falta de impresiones, los grandes remedios de la naturaleza...

JULIO Sí, es necesario que hoy mismo, esta noche, salgáis para la Ribera. Si lo crees preciso os acompañaré y cuando os deje instalados iré algunos días junto a los míos.

D. NICOLAS Creo que Carlos se ha levantado; conviene que ahora no te vea.

JULIO Voy cerca de aquí, a casa del abogado. Veremos si a ese hombre le han dejado tiempo sus intrigas políticas y sus distracciones mundanas para despacharme lo que me ofreció. Ese pertenece al número de los personajes semicómicos y secundarios que pasan como un episodio en los dramas íntimos de nuestra vida nacional. Él embrolla, sin enterarse de ellos, pleitos del corazón y cobra derechos de testamentarías que representan dolores

intensos, y al propio tiempo y también sin enterarse, por supuesto, embrolla el pleito nacional y aspira a hacer la testamentaría de su patria enferma de muerte. *(Sale.)*

ESCENA CUARTA

DON NICÓLAS. CARLOS

(Después de salir don Julio, aparece Carlos en la segunda puerta de la izquierda.)

D. NICOLAS ¿Qué es eso? ¿Por que sale usted por aquí tan pronto después de la noche que ha pasado? Usted necesita hoy de mucha tranquilidad.

CARLOS Por eso vengo en su busca. He despertado y al querer procurarme esa calma que usted me aconseja, he echado de menos en mi cuarto lo que usted sabe que me la procura, y no lo hallo; usted sin duda evita que lo encuentre.

D. NICOLAS Se está usted matando.

CARLOS Extraños seres son ustedes los médicos; suponen que tienen por misión providencial el evitar la muerte y aliviar el sufrimiento, y cuando dan con un sér en quien la muerte y el sufrimiento consisten en vivir la realidad, le impiden que consiga el reposo. Su deber es procurar la vida, y para mí la vida es el sueño: apartar el dolor y para mí la existencia es dolor de infierno. ¿Lo entiende usted? De infierno sin redención, de desesperación sin consuelo. Usted podrá interpretar sus

deberes como quiera, pero yo interpreto sus derechos y usted no tiene el de negar a un alma agustiada el consuelo seguro que está al alcance de su mano. Deme usted por piedad la morfina... ¡Ah, la morfina, la morfina! Caro doctor, démela usted siempre, a todas horas, hasta morirme en su dulce arrobamiento; y después de mi muerte que siembren en mi sepultura adormideras, muchas adormideras. (*Como desvariando.*) ¿No es verdad que sus flores espléndidas, rojas como la púrpura, rosadas como la aurora, blancas como la inocencia, anuncian ya al hombre que en su cáliz artístico y esbelto se encierra algo sobrenatural y magnífico, algo que ha de ser remedio del dolor presente, olvido del sufrimiento pasado, promesa de descanso para el inacabable porvenir? El sueño... hermano y retrato de la muerte, que es después de ella la esperanza única del desgraciado.

D. NICOLÁS Pero ese sueño es el aniquilamiento.

CARLOS Qué, ¿teméis que me idiotice?, pues ¿podrá haber mayor ventura? Será la dicha para mí que me pondré al unísono con el mundo que me rodea, y lo será para todos, por que en una sociedad constituída por la rutina, los convencionalismos y las supersticiones, el triunfo seguro es para el idiota que se le somete. Quiero dormir. Me olvidaré de todo: de mi madre que sólo me ha acariciado una semana; del que tuve por padre que tuvo la caridad de darme nombre, para luego avergonzarse de mí; que recogió al huérfano

para rechazar al hijo del presidiario, (*Movimiento de sorpresa en Nicolás.*) cuando podía redimirse por el amor de un angel. Me olvidaré sobre todo de mi María, de la hermana de mi infancia, del amor de mi juventud, de la esperanza única de mi vida desesperada. Sí, sí, quiero el olvido, el olvido; démele usted o tiemble que se despierten en mí los impulsos heridatarios de la sangre corrompida de mi padre y haga por morir como él, matando cuanto se me oponga... ¡Pronto mi morfina!

D. NICOLAS Pierde usted la razón... Lo que me temía. Su estado de usted es más de desesperación moral que de enfermedad verdadera; yo le respondo de que el tiempo, la reflexión, los cuidados que todos le prodigaremos y las solucio nes que Julio ha buscado...

CARLOS Sí, si ya lo sé; ya me lo ha dicho... El pobre don Julio ha solucionado la magna cuestión de la herencia futura de mi madre. Seré rico; pero la herencia que a mí me importa, esa la llevo en mi, circula por mis venas con mi sangre, empapa mi cerebro y mueve mi voluntad y mis nervios; es la herencia de mi padre, la herencia del criminal..., que fué criminal hasta obtener el amor de una mujer adorada... y yo adoro a otra mujer y ni siendo criminal seré amado... Qué, ¿cree usted que estoy loco?, mejor; la locura es la esperanza única de la redención humana. La cordura es el acuerdo y la sumisión a la vulgaridad humillante y a la monotonía estéril; para salir de ellas

y guiar a los demás somos necesarios los locos... Medicastro imbécil... mata sanos hipócrita..., la morfina, o te extrangulo.

D. NICOLAS — No se la daré a usted mientras Julio no me autorice a ello. Debe llegar de un momento a otro y él decidirá como padre y como médico.

CARLOS — Como padre, no lo es mío y como médico pensará en vulgar, como usted y como todos los de su ralea. Deme usted esos remedios.

D. NICOLAS — Por no ser remedios se los niego; por ser veneno los he tirado.

CARLOS — *(Enfurecido.)* ¿Qué dice usted...? No juegue conmigo que le puede costar caro.

D. NICOLAS — Ahora está usted loco y no me intima su amenaza. Tengo la costumbre de tratarlos. Venga usted a su cuarto, yo le tranquilizaré. Su madre nos oirá seguramente desde su habitación, y cada impresión de estas la empuja a la muerte.

CARLOS — Mi madre... hace ocho días que tengo madre, después de haberla esperado años y años... y ahora me dicen que la estoy matando. Hay seres en la naturaleza que al nacer matan a sus madres. ¡Sabia y providencial previsión, pues el amor es deleite hasta que es maternidad; desde entonces es dolor. ¿Por qué la he conocido? ¿Para qué me ha sido concedido un nuevo amor si como todos los que he sentido en mi vida miserable le he de ver desaparecer por mi obra? Sí, sí, la realidad es dolor. El sueño es ilusión, y mientras dura es esperanza y es placer, porque

es mentira. Voy a mi país de ensueño que pueblan hijos de la fantasía y de leyenda; donde la poética y criminal Margarita interroga, deshojandolas, las flores caídas de la falda de Ofelia, loca y suicida; donde Pia de Ptolomeo reza con Inés y agoniza de amor mientras la adúltera Francisca reclama el abrazo eterno de su Paolo: donde el viejo Lear cuenta al desesperado Ugolino las ingratitudes de sus hijas, mientras él llora el martirio de los suyos. Quiero vivir la mentira, la ilusión, la leyenda... la verdad me estremece de miedo.

D. NICOLAS (*Llevándole dulcemente.*) Venga usted... Venga usted conmigo, verá usted como le tranquilizo y duerme con otros remedios que no le harán daño.

CARLOS Ah. sí, hágame usted dormir. Macbeth con su delito mató el sueño... pero ¡Dios mio!, ¿qué he hecho yo para que maten mi sueño los demás?

ESCENA QUINTA

LUISA, MISS O'RYAN

LUISA Me pareció oír altercado. ¿Ocurriría algo?

MISS O'RYAN Nada señora, don Nicolás y don Carlos que disputaron seguramente sobre remedios y males.

LUISA Mi hijo está muy enfermo, no se me oculta. No vivo ni un momento tranquila. Temo que todo lo que hemos hecho sea inútil... que por uno u otro camino haga la fatalidad, que se entere de todo.

MISS O'RYAN ¡Qué locura! ¡Quién ha de decirle...!

LUISA ¿Quién? Usted puede creer que todos los que conocieron mi historia la hayan olvidado o habrán muerto? Luego su amistad con ese hombre que lleva el mismo nombre del que fué en mal hora mi marido... La atracción que parece ejercer sobre mi Carlos... Esas orgías en que juntos se encenagan. ¡Ay amiga mia!, usted tiene el mismo temor que yo.

MISS O'RYAN Gálvez debe haber llegado y hoy mismo podremos salir para la Ribera. Allí don Carlos ha ofrecido dedicarse a cuidar de usted y ayudarla en sus buenas obras. Don Nicolás les curará.

LUISA No tengo ya esperanza ni en la muerte, pues la muerte sería dejar solo en el mundo a ese infeliz.

MISS O'RYAN Aquí está ya don Julio. Nuestra providencia.

ESCENA SEXTA

DICHOS, JULIO

LUISA *(A Julio.)* Bendito sea usted; fué el consuelo de mi padre, el amparo de mi hijo...

JULIO Sosiéguese, que por fortuna creo que podremos mirar lo futuro con buenas esperanzas. (*Dejando sobre la mesa un lío de papeles.*) Aquí está asegurado el porvenir de Carlos, sin menoscabo del de mi hija. Ya tiene usted esa preocupación menos. Ahora a cuidarse, a gozar de la paz del campo y del bien que siembran sus manos entre los pobres. Carlos la acompañará y la ayudará.

LUISA Sí, sí; la tranquilidad y la paz vendrán pronto y serán definitivas. Ahora que estamos solos los tres, escúchenme con paciencia y tengan lástima de mi; usted, Miss O'Ryan, sientese en aquella butaca, donde tantas veces se sentaba usted cuando mi buen padre enenfermo y casi moribundo estaba en esta alcoba *(Señalando a la derecha.)* y velábamos los tres sus horas de descanso. Tú, Julio, allí a tu sitio. (*Movimiento de extrañeza de Julio).* Sí, te llamo de tú como se hablan los hermanos. Sé que voy a morir muy pronto y quiero tener el privilegio de los condenados a muerte: que se respeten mis últimos caprichos. Tú, Julio, has sido el corazón más noble y generoso con que he tropezado en el calvario de mi vida; fuiste mi primera ilusión juvenil, y te amé como se ama a los 15 años y te vendí como se vende lo que no se ama, cuando se pierde el seso por vanidad, por insensatez, por vileza.

(*Sale Miss O'Ryan sollozando.)*

ESCENA SEPTIMA

LUISA Y JULIO

JULIO Por Dios, Luisa...

LUISA Sí, por vileza. ¿Por qué ha de llamarse vil a la mujer que se vende por vicio, por hambre o por pereza, y no se ha de llamar así a la que se vende por vanidad, por ambición, por orgullo? Fuí contigo una miserable y tú te has vengado a fuerza de beneficios inve-

rosímiles y superiores a toda alma que no fuera la tuya, y te has vengado sin querer hacerlo, dejándome de amar porque merecía tu desamor, olvidándome para el castigo, sacrificándote a mí para buscar remedios a mis dolores, que sin ti no tenían consuelo, y amando a otra mujer que te merece y que te adora, mientras en mí renacía un amor inmenso, una adoración fanática, tan fanática que alcanza hasta a ella, a la mujer que recogió tu corazón cuando yo le arrojé y le desprecié, porque ella era digna de ti y yo no lo era. Por eso hoy os uno en mi cariño, porque, créelo, Julio mio, las mujeres que sólo aman como hembras son intransigentes y celosas; pero las que adoran, como yo te adoro, esas son indulgentes y no sólo perdonan, sino que acaban por amar a la que hace la felicidad de su ídolo; porque ya lo has adivinado, yo te amo con toda mi vida, con esta vida que se me escapa y que no quiere acabar sin haber vertido en ti la esencia de su espíritu.

JULIO. (*Con dulzura.*) Luisa mía, yo nunca te dejé de amar. Todo lo que por tí hice y hago, yo supuse que era la compasión, quizá el despecho, quien me lo dictaba; pero no, vida mía, era el amor, era el amor, aquel amor que nació en aquellas veladas inolvidables, en las que nuestros corazones casi infantiles se comunicaron mutuamente un perfume que nada ha estinguido; ni en ti el contacto con aquel infame, ni en mí el contacto con esa santa a

quien también amo, porque como tú, creo en la convivencia dichosa de todos los afectos que son santos, y los celos y la envidia no lo son. Pero... estamos locos...

LUISA No; no estamos locos, y si lo estamos, déjame morir en este delirio... Ya he oído de ti lo que es viático de consuelo en mi último viaje. Perdonada por Dios y por ti, sabiendo que me has querido siempre. ¿Para qué quiero la vida?

JULIO Tu hijo...

LUISA Mi hijo, pobre víctima inocente que ha heredado de su padre la semilla del delito, la tara de una degeneración inevitable quizás...

JULIO ¿Qué dices? ¿Quién ha podído sugerirte idea semejante? ¿Crees tú que mis desvelos...

LUISA Todo inútil, mi pobre Julio. Estas sencillas gentes suponen que yo no me doy cuenta de lo que a mi alrededor pasa y... lo sé todo. En los pocos dias que Carlos vive aquí, mi corazón de madre no se ha engañado y mi perspicacia de mujer lo ha adivinado y comprendido todo. Carlos se suicida lentamente, caminando hacia la locura a sabiendas de tal horror. Trata de ocultarme su designio. El sospecha algo horrible acerca de su origen, y yo, desde que sé lo frecuente de su trato con ese Príncipe Ratowski, siempre estoy temblando que una revelación inesperada venga a hacer esteriles todos nuestro esfuerzos y nuestras precauciones.

JULIO Sí, es absolutamente preciso que os

alejéis de Madrid. En la Ribera los cuidados tuyos y la ciencia de Nicolás, conesiguirán curarle, tranquilizarle y luego procuraremos hacerle viajar por América, interesándole en empresas y trabajos, que son los remedios únicos de los males del alma.

LUISA Mis cuidados, ¡pobre Julio! ¿Por qué me quieres engañar? Tú sabes, como yo sé, que mis días, quizás mis horas, están contados; que mi pobre corazón no resistirá mucho tiempo a la lucha que hace años sostiene, y que bastará una emoción para que se rinda sin remedio. Tú lo sabes y yo lo sé; de otro modo nunca te hubiera hablado como lo he hecho, despertando en tu alma el antiguo amor. Perdoname, esto ha sido una maldad. *(Aparece Carlos a la puerta de su cuarto.)* ¡Dejarte una nueva huella de dolor en el campo de nieve de tu felicidad de hombre honrado! Perdoname, pero no quería morir sin decirte que te amaba y sin saber que tu también me amas... Es un egoismo de moribunda.

JULIO ¡Qué horror, Luisa de mi vida! No digas eso. Oye, nuestras almas, nosotros los que adolescentes nos hemos amado, no hemos dejado de amarnos nunca. Eleva el espíritu por encima de los hechos materiales que han formado tu triste historia, sobre los horrores, las amarguras, las abyecciones, por encima de la desesperación, del desengaño en que uno y otro hemos luchado, nuestros espíritus han permanecido leales, se han amado siempre, quizá sin darse de ello cuenta, y

hoy, en esta hora sublime, se lo dicen y casi dan por bien sufrido lo pasado. Mira, en las grandes tormentas, los horrores, los destrozos son cosas de aquí abajo; si te elevas encuentras la nube que los produce; asciende más y encontrarás el cielo puro y el sol resplandeciente, que hasta la nube dora. Quiero salvar a Carlos por ti y por él, y lo salvaré, yo te lo prometo.
(Al decir las últimas palabras, Carlos que ha oído desde su puerta, se adelanta, Luisa da un grito y Julio queda complejo.)

ESCENA OCTAVA

DICHOS, CARLOS

CARLOS — No le salvará usted porque él no quiere ser salvado. Los condenados por la justicia humana, pueden tener la cobardía de escapar del castigo; los condenados por Dios deben someterse y aceptarle por que quizá su pena la sufren para que redima a otros.

LUISA — Es verdad, es verdad. Virgen mía, pero que no me lo diga él.

CARLOS — No, no eres tú la culpable, madre mía. Lo somos todos. Este hombre mismo, este hombre bueno, no ha encontrado más recurso, que el de emplear la falsedad en favor mío, y ha vivido en un adulterio espiritual... quien sabe si por que la distancia le impedía el material.

JULIO — Carlos, insultas a tu madre, me agravias.

CARLOS — Tiene razón. También es culpable el

mundo y la sociedad que hace posibles pecados y delitos y no los procura caminos de redención; y yo, que sospechando, he tenido la cobardía de adaptarme al engaño. Todos, todos hemos pecado. Tú la que menos. Por eso te hemos de procurar sosiego y yo te lo procuraré, madre del alma. (*Se arrodilla ante su madre y la coge las manos.*) Mira lo que es este amor de madre, que los que le han disfrutado le saborean con dulzura, y los que no le hemos gozado, le sentimos como sed inextinguible que siempre espera y nunca se sacia. Escucha, desde anoche conozco punto por punto toda la verdad. Una mujer innoble, contó delante de mí al ruso la aventura del que usurpó su nombre con la señorita de Moncada... Ya no caben equívocos, y ya lo ves, estoy sereno. He querido matar a aquel hombre cuando habló de tí, le provoqué; pero como no podía decir el motivo de mi ira, como no podía decir la verdad de mi nombre, han creído que estaba ebrio y me han sujetado, y me han traído como a un fardo. ¡Ni defenderte puedo... ni arrancar las lenguas que te infaman...! ¿Quién se bate con el hijo de un reo de muerte...? Madre..., madre..., mejor es morir, y morir escondidos..., ignorados.

LUISA Yo, yo debo ser quien muera.

JULIO ¿Pero no ves lo que haces? No destroces el corazón de esa mártir. Todos debemos auxiliarla..., todos los que la amamos.

CARLOS La vergüenza es sólo nuestra, tuya y

mía; nadie tiene el derecho de venir a compartirla con la viuda y el hijo del condenado.

LUISA ¡Qué horror! ¡No hables así! ¡Me matas!

CARLOS *(Levantándose con aire extraviado.)* ¡Te mato, lo sé...! Todos me lo dicen. ¿Qué tiene de extraño...? El hijo del asesino, asesina; pero... no morirás; os he oído, os amáis y el amor todo lo cura... por eso seré yo quien muera, porque me está vedado el amor. El idilio que comenzaron adolescentes Pablo y Virginia, ha continuado en la égloga de los viejos Filemón y Baucis; pero no ven que el espíritu malo lo convierte en elegía y que la selva arde en derredor de su cabaña bucólica. *(Con aire extraviado.)* No, no me salvaréis, porque no es posible salvarme y porque yo no quiero ser salvado... Ya sé lo bastante sobre mi triste historia, que otros labraron y vivieron y que yo espío.

LUISA ¡Hijo de mi alma!

CARLOS ¡Falsías y amaños con la inocencia por falta de valor para romper los convencionalismos y las hipocresías! ¡Pobres viejos...! ¡Pobres viejos! Amaos, pero no olvidéis que el amor senil es como fuego de carbón fósil, puede dar calor, pero sin producir llama y hace huir a las gentes... ¡Ja, ja, ja, ja!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, MISS O'RYAN Y DON NICOLAS

LUISA Loco el hijo de mi alma..., no puedo

más..., Julio..., perdón..., me ahogo... (*Julio llama precipitadamente al timbre; acuden Miss O'Ryan y Nicolás; éste se dirige a Luisa, Julio a Carlos.*)

CARLOS ¿Qué pasa?, ¿qué pasa, se muere...?, mi madre, ¡mi madre!; la esperada de mi corazón (*cae de rodillas ante Luisa.*) Perdón, perdón, madre mía. (*Don Nicolás se dirige a Julio que solloza sobre un sillón.*)

JULIO ¿Ha muerto? (*Estrechando las manos de Nicolás.*) No abandones al hijo; tú podrás ser más afortunado que yo. He sido un imbécil, que he querido pensar con el corazón y sentir con el cerebro, en un mundo en que todos han puesto el cerebro en el lugar del corazón... Soy un fracasado, pero aun espero en que lo que no alcanzó la bondad humana lo alcanzará la bondad Suprema... Porque las faltas de los padres caen sobre los hijos, pero la misericordia Divina desciende sobre todos.

TELON

FIN